HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



Dulce posesión

Elizabeth Power

$3.50 u.s.

Dulce posesión

El famoso abogado Cameron Hunter quería un hijo. Él estaba convencido de que podrían llegar a un acuerdo conveniente para los dos. Su oferta fue extraordinaria, fuera de lo corriente, y sus condiciones muy simples; él poseería a Nadine en cuerpo y alma,.. y el bebé resultante sería suyo, Pero lo que empezó como un trato de negocios empezó a complicarse: ¡Nadine se había enamorado del padre de su bebé!

Capítulo 1

IGNORANDO los inquietos ojos verdes y las facciones tensas reflejadas en el espejo, Nadine se levantó del tocador, sintiendo el camisón de seda color melocotón moverse con perturbadora sensualidad contra su piel.

Lo mirara como lo mirara seguía siendo adulterio. ¿De qué otro modo se podía describir tener relaciones sexuales con un hombre casado?

Miró por la ventana los agradables jardines iluminados del pequeño hotel de campo. ¡Qué discreto por parte de él haberla llevado allí, lejos de Londres! Nadine estaba cada vez más nerviosa mientras oía el agua correr en el lavabo del cuarto de año.

—¿Disfrutando de las vistas?

La voz profunda la hizo girar la cabeza. Su cuerpo se puso rígido ante la penetrante mirada masculina. El camisón no podía ocultar las suaves curvas de su cuerpo.

—¿Lo estás haciendo tú? —le desafió Nadine con un nudo en la garganta.

El sonrió con tirantez, del modo en que ella le había visto hacer a menudo en los juicios. Cameron Hunter. Un excelente abogado. Un adversario despiadado... y el marido de Lisa. Tenía que recordar eso. Tenía que recordarse continuamente la razón por la que estaba ahí.

—Lo que veo es digno de elogio —declaró acercándose a ella, con una sonrisa más relajada que alivió la austeridad de las facciones duras y marcadas.

Él no se había desnudado. Iba sin americana pero tenía la camisa blanca y pantalones oscuros que había llevado durante la cena. Llevaba la camisa un poco abierta y por el cuello le asomaban algunos rizos oscuros. A Nadine se le puso un nudo en la garganta.

—Perdona si te he entretenido. Creía que ya estarías en la cama.

Nadine tragó saliva, incapaz de mirar la enorme cama con todo lo que implicaba.

—No. No pasa nada. Bueno... es igual —balbuceó.

¡Pero si tenía veinticuatro años, por el amor de Dios! ¿Por qué tenía que hablar como una colegiala tartamuda? La verdad era que no tenía ni idea de cómo controlar esa situación ni soñó que sería así cuando accedió al acuerdo.

Y a juzgar por su ceño fruncido, él se había dado cuenta.

—¿Estás segura de que realmente quieres seguir adelante con esto? Tener un hijo para otra mujer es difícil. Se podría comprender que te echaras atrás.

¿Echarse atrás? Nadine se puso muy rígida. ¿No había pensado en todas las consecuencias desde que accedió a la loca sugerencia de Lisa? Lisa, que lo tenía todo excepto lo que más deseaba… un hijo de Cameron, y le había confesado a Nadie que tras muchas pruebas se había demostrado que era estéril. Pero Nadine accedió porque el único hombre al que quería era Cameron Hunter.

Demasiado tímida para hablarle de sus sentimientos cuatro años antes, tuvo que quedarse quieta y ver con dolor cómo él se casaba con su mejor amiga… incluso aunque siempre sintió que Lisa no era apropiada para él. Así que, de algún modo, la idea de tener a su hijo le parecía una especie de compensación.

Y además, ese acuerdo llegó en un momento que parecía la respuesta a sus oraciones. Nadine necesitaba dinero para pagar la operación de corazón que podría salvar la vida de su madre.

—No —Nadine levantó la barbilla con determinación—. Cuando hago un trato, aunque sea de forma verbal, lo cumplo.

—Me alegra oírlo —dijo Cameron, poniendo una mano en su nuca, bajo su melena castaña rojiza y acercándola hacia él.

—Cameron…

—Sshh…

El suave roce de sus labios la silenció, haciendo que su sangre empezara a correr salvaje por sus venas. Sus cuerpos no se estaban tocando, pero la textura áspera de la mejilla de Cameron con su olor a colonia y el suave roce de sus labios la hizo estremecerse de sensualidad mientras a la vez se ponía rígida inconscientemente. ¡Era el marido de Lisa! Ella no tenía derecho…

—Relájate.

Claro, él lo había notado. Estaba entrenado para detectar cualquier debilidad en las personas. —Lo siento.

Nadine cerró los ojos para no ver su figura alta y masculina mientras él le apartaba las ondas rojizas de los hombros e inclinaba la cabeza para besar su piel.

Nadine aguantó la respiración. ¡Siempre había deseado eso!

—Cameron, yo… He pensado.

¡Oh, Dios! ¿Estaba realmente sucediendo eso? ¿Qué había pensado? Que sería algo rápido y frío, al menos por parte de él. Y no esa suave y lenta seducción que amenazaba con liberar los sentimientos que ella había abrigado desde que tenía dieciocho años.

—¿No podríamos simplemente…?

No hizo falta que continuara. Él la entendió y se rió suavemente.

—Podríamos —murmuró dibujando besos por su cuello hasta el lóbulo de la oreja—. Pero no me lo agradecerías.

Nadine apretó las manos en sus costados para contener el placer prohibido que corría por ella mientras su lengua llegaba a la zona sensible de su oreja. A los treinta y cuatro, él debía conocer bien a las mujeres y el efecto que tenía sobre ellas sin intentarlo.

—Estás temblando —dijo apoyando con firmeza las manos en sus hombros—. Sé que las circunstancias de este… trato pueden ser poco corrientes, pero no eres una niña. Estar en esta situación con un hombre no puede ser totalmente extraño para ti.

Nadine tragó saliva. ¡Si él supiera la verdad!

—No —mintió.

Se sentía incapaz de contarle la poca experiencia que tenía, que nunca había conocido a otro hombre que la hubiera interesado lo bastante desde el día en que él había entrado en su despacho y la había reprendido por algo que no fue culpa suya. De todos modos, Nadine no estaba preparada para las sensaciones que se apoderaron de ella cuando de pronto él la abrazó y la besó con firmeza.

Se le doblaron las rodillas. Levantó las manos a sus hombros y se sujetó a él. Los brazos de Cameron la estaban rodeando de forma que ella podía sentir cada músculo duro y excitado de su cuerpo. Se estremeció mientras a la vez intentaba no perder el control.

¿Cómo podía permitirse sentir así y olvidar que estaba casado con Lisa? Se puso rígida y gruñó una débil protesta.

—Vamos, Nadine. Relájate. Sólo estamos tú y yo.

Y para él sólo era un trato de negocios. Nadine intentó sofocar la angustia de su corazón diciéndose que ella estaba haciendo todo eso únicamente para ayudar a su madre.

—Para ti todo va bien. Pero yo…

¿Cómo podía decirle que no sabía qué se esperaba de ella, que tenía miedo de dejarse llevar porque, si lo hacía, él podría adivinar sus verdaderos sentimientos?

—Déjamelo todo a mí, Nadine.

Como si hubiera leído su mente, él tomó el control, y Nadine aguantó la respiración mientras la levantaba en brazos y la llevaba a la cama.

Sus manos eran como llamas sobre el camisón, y ella tuvo que morderse el labio inferior para no gritar de placer. Su respiración se volvió jadeante cuando Cameron le bajó los tirantes del camisón y le bajó la prenda por los pechos.

—Eres preciosa —susurró.

Nadine cerró los ojos y oyó su respiración desigual. Sintió su cuerpo duro mientras se tumbaba sobre ella y sus labios le acariciaban los pechos.

—Sería más fácil si te relajaras.

Se apartó de ella unos instantes, y Nadine no necesitó abrir los ojos para saber que se estaba desnudando. Cuando volvió a ella y le quitó el camisón completamente, el roce de su piel caliente contra la suya fue como una descarga eléctrica. Nadine sofocó un gemido cuando él bajó la cabeza a sus pechos. Con los ojos cerrados y el pelo extendido a su alrededor como una aureola, esperó tensa mientras él se movía. Estaba deseando que terminara de una vez antes de que a ella la delatara su cuerpo.

—Mírame.

Su tono autoritario la hizo abrir los ojos. Los ojos de Cameron eran azules, de un tono profundo. Su pelo, normalmente arreglado, estaba alborotado, su rostro contraído por el deseo y las mejillas enrojecidas.

—¿Estás siempre tan tensa cuando haces el amor? ¿Qué tiene que hacer un hombre para relajarte? Enséñame lo que quieres. Enséñamelo, Nadine.

«¡A ti!»

Nadie reprimió el pensamiento antes de que tomara forma. ¡No tenía derecho a pensar eso! ¡Ningún derecho! Pero el calor de sus labios sobre su estómago y la profunda persuasión en su voz estaban acabando con los últimos vestigios de su control. La necesidad pareció explosionar dentro de ella, haciendo que se rindiera.

«¡Lo siento, Lisa!»

El pensamiento desapareció al instante, como polvo en el viento, mientras sucumbía a las fuerzas de una pasión igualada sólo por la fuerza y el poder del hombre que de pronto se estaba moviendo, reclamándola, abriendo los misterios de su cuerpo.

El deseo la sacudió con tanta fuerza que sólo experimentó un dulce placer y un dolor repentino, breve y agudo antes del éxtasis de la posesión.

Cuando él se apartó de encima de ella tiempo después y se levantó sin decir palabra, Nadine se apoyó en un codo, con miedo de mirarlo. ¿Estaría enfadado por su apasionada e involuntaria respuesta?

La suave luz del tocador luminó su magnífica desnudez. Nadine apartó la mirada, turbada por su desvergonzada rendición. Cameron se puso un albornoz blanco.

—¿Por qué no me has dicho que eras… que yo sería el primero? —dijo perplejo.

—No creía que fuera importante.

—Puede que no para otra persona. Pero yo habría imaginado que sí para ti —dijo mirándola con dureza e intensidad, intentando ver en su interior—. ¿Qué hace que una chica sacrifique algo tan

extraordinario y precioso simplemente por dinero? Y no me digas que no lo era, porque si ése fuera el caso, posiblemente habrías renunciado a ello hace años.

Nadie se puso rígida.

—Eso es insultante.

—No pretendía que lo fuera.

—¿No?

Nadine levantó la barbilla, furiosa. No podía olvidar que él se había opuesto a la sugerencia de Lisa al principio. Ella tuvo que suplicarle hasta que él finalmente se rindió. Nadine no creía que él pensara muy bien de las mujeres que aceptaban dinero a cambio de un hijo, y el abandono con el que ella había respondido en la cama no habría ayudado a cambiar su opinión en ningún modo.

—Me refiero a que eres muy bonita —dijo Cameron abriendo el pequeño frigorífico y sacando una botella de agua—. No intentes decirme que no han intentado seducirte muchos hombres.

—No... Quiero decir... algunos.

Cameron se echó agua en un vaso.

—Las razones principales para sacrificar la virginidad son amor, pasión, o simple curiosidad. Entonces, ¿qué te hace diferente, Nadine? ¿Por qué de pronto la importancia del dinero ha triunfado sobre las otras razones?

Su mirada era tan intensa, que Nadine giró la cabeza, como un testigo con un secreto, angustiada no sólo por sus sentimientos sino también por el recuerdo del rostro desencajado de su madre, su respiración jadeante, su súplica desesperada cuando había intentado convencer a Nadine para que no le pagara el tratamiento y le había pedido que no le contara a nadie lo que le pasaba, que no soportaría que la miraran como a una inválida.

Nadine miró a Cameron. En los juicios, él tenía fama de ser implacable y despiadado. Pero incluso él sentiría algo si ella le hablara de la afección cardiaca que amenazaba la vida de su madre. Sólo un bypass podría ofrecerle la posibilidad de recuperarse, pero la operación se había aplazado por los eternos recortes en la Seguridad Social, y Nadine había tenido que quedarse con los brazos cruzados observando indefensa cómo la salud de su madre se iba deteriorando, sabiendo que la tarea más simple la dejaba jadeante y fatigada.

De algún modo, sabía que él lo entendería. Pero no podía echarse atrás en la promesa que le había hecho a su madre. Y no sólo eso. Lisa y ella habían sido amigas desde niñas y conocía a sus padres, y si alguna vez Dawn Kendall se enteraba de lo que había hecho su hija para pagarle la operación...

Su madre ya había protestado cuando ella la hizo creer que simplemente estaba usando sus ahorros para pagarle el hospital. No podía decirle que el dinero provenía del pago que ya le había hecho Cameron. Pero si alguna vez descubría la verdad...

—¿Tiene que haber una razón, señor juez? —declaró Nadine alegremente, soltando una risita nerviosa, desesperada por ocultar su secreto—. ¿Alguna pregunta más?

Esos ojos astutos la miraron mientras él dejaba su vaso.

—No soy un juez, ni tuyo ni de nadie —se quitó la bata y se metió en la cama con ella—. Y no, no habrá más preguntas —dijo con suavidad.

Nadine se sobresaltó cuando sonó el teléfono en su pequeño despacho.

—Hola, soy yo. Pensaba haber llegado antes, pero el coche ha tenido otras ideas.

Nadine sonrió y se relajó al oír la voz amable de su jefe. Recientemente titulado, Larry Lawson había entrado en la empresa dos años después que ella, cuando su viejo jefe se había jubilado.

—¿Está mejor tu madre?

Ella le había contado el viernes que iba a pasar el fin de semana con su madre, que no se encontraba muy bien, pero no le había mencionado que había pasado los dos días junto a la cama de su madre en un hospital privado ni la operación a la que se había sometido la semana anterior.

—Se pondrá bien —le dijo con un nudo en la garganta.

¡Ojalá pudiera estar tan segura!

—En ese caso, ¿podrías preparar aquel caso que te dicté lo antes posible? Hablando de eso, vi a Hunter en acción esta mañana en el juzgado... ya sabes, en el caso de Laser contra Brompton. ¡Dios mío, ese hombre va como un sabueso detrás de la verdad! Parecía que ella hubiera estado mintiendo durante todo el proceso. Y si es así, Dios la ayude, porque él la hará picadillo.

Nadine se estremeció. ¿Cómo había hecho con ella? Oh, no con la misma habilidad de inteligencia despiadada, sino con una total devastación de sus sentidos. Porque él había vuelto a hacerle el amor varias veces durante aquel fin de semana juntos, en silencio y clínicamente, sin palabras, mientras ella, tras aquella primera vergonzosa falta de control, había sido incapaz de retener las respuestas que él tan fácilmente le había provocado.

Y cuando al final de ese fin de semana él la había llevado a casa, pareció muy lejano y distante. Todo lo que ella había deseado era... ¿El qué? ¿Afecto? ¡No, claro que no! Era el marido de otra mujer.

¿Entonces qué derecho tuvo ella a sentirse tan dolida y sola?

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí.

Se había olvidado de Larry al oír el nombre de Cameron. Y eso estaba mal. Pero no había oído nada de él desde aquel fin de semana, hacía ya casi un mes.

—Será mejor que cuelgue ya. Estoy esperando otra llamada —dijo, sin querer añadir que lo que estaba esperando era el resultado de la prueba que se hizo la semana anterior.

Cuando el teléfono volvió a sonar, después de colgar, llamó con dedos temblorosos a casa de Lisa. —¿Lisa?

Respiró profundamente y le dio las noticias a su amiga.

—¡Bien! ¡Vaya semental que tengo por marido! No perdió el tiempo contigo, ¿eh? Así que tendrás el bebé... Debo admitir que ésa era la única preocupación que yo tenía si hubiera sido capaz de quedarme embarazada, el miedo de hincharme como un globo y quedarme así luego —Lisa se rió, recordando a su amiga su constante obsesión por guardar la línea—. Lo prepararé todo. La habitación, la niñera, los juguetes... Aunque a lo mejor decido quedarme en casa y hacer de madre durante todo el día.

Lisa tenía veintisiete años, tres más que ella, y había trabajado como ejecutiva en la misma empresa, razón por la cual Nadine se enteró del puesto vacante de secretaria. En su momento, ella agradeció dejar el trabajo que la mantenía cerca del hombre que ocupaba sus pensamientos continuamente y que apenas se daba cuenta de su existencia.

Fue Lisa quien había vuelto a meterlo en su vida tras conocerlo en una fiesta. Lisa había sucumbido a su atractivo. Después de eso, él había ido algunas veces a buscarla mientras Nadine estaba allí. Con ella se había mostrado distante, pero más indulgente que cuando había trabajado con él, sin saber cómo su sexualidad la afectaba mientras él la veía convertirse en toda una mujer.

Pero fue con Lisa con quien se casó tan repentinamente cuatro años antes. Lisa, que había permanecido en el mismo trabajo recordando así a Nadine lo que ella había perdido, con su felicidad y el fervor hacia su marido. Sólo lo había dejado por consejo del médico, bastante inútil por lo que se vio después, de que menos presión en el trabajo podría ayudarla a quedarse embarazada.

—¿Y soy la primera en saberlo? ¡Estupendo! Deja que yo se lo diga a Cameron. ¡Será como si yo misma me hubiera quedado embarazada! Realmente, ha valido la pena todo el dinero, Nadine. ¡Así que ahora disfruta! ¡Además, tienes el extra añadido de saber lo que es acostarse

con Cameron Hunter!

—¡Lisa!

Nadine se ruborizó. No quería pensar en eso. Y tampoco podía hablarle a su amiga de la operación de su madre y el modo en que se estaba gastando el dinero.

—Oh, vamos, no seas tímida. Debías de estar deseándolo. Si no ese así, debes de ser la única de todas mis amigas. Pero también tiene sus desventajas. Te lo aseguro. ¡Ahora, no te gustará tanto ningún hombre en toda tu vida!

Nadie se rió incómoda. ¡No hacía falta que se lo dijeran!

—Ya nos veremos, Lisa —dijo rápidamente, terminando la conversación y colgando, y preguntándose de pronto si Lisa habría estado bebiendo.

Esa noche, Nadine estaba viendo el final de una película cuando sonó el teléfono. Se asustó porque era muy tarde. ¿Sería del hospital? Cruzó rápidamente el salón para contestar.

—¿Nadine?

Lo último que había esperado era oír la voz de Cameron Hunter.

—Lisa me lo ha contado. ¿Te encuentras bien?

Era curioso que él lo preguntara. Lisa no lo había hecho.

—Sí.

—Suenas jadeante. Espero no haberte sacado de la cama —dijo cortés.

—No. Nada de eso.

—Bien. Sólo quería que supieras que me ocuparé de que tengas todos los cuidados necesarios durante los próximos ocho o nueve meses. Si hay algún problema, llámame... o a Lisa.

—Gracias.

Nadine no supo si habría imaginado la leve vacilación en su voz. Parecía frío y práctico, como si estuviera tratando simplemente con uno de sus clientes. Pero al Fin y al cabo, eso era ella para él, ¿verdad? Un negocio. Incluso así, al colgar, se sintió de repente muy sola, tanto que se puso a llorar.

Pasaron dos semanas durante las cuales Nadine preparó la convalecencia de su madre en una residencia privada más cerca de Londres, donde podría recibir cuidados y la rehabilitación cardiaca necesaria en un hospital cercano, aunque Nadine se preocupó mucho al oír que su recuperación se había visto alterada por un resfriado.

—Hoy pareces abatida —le dijo Larry una mañana al entrar en la oficina y ver a Nadine pensativa—. ¿Qué tengo que hacer para poner una sonrisa en ese bonito rostro? —la miró travieso—. ¿Alguna vez te han golpeado con un testamento?

Nadine se agachó para evitar el papel enrollado que le tiró, y sus palabras tuvieron el efecto deseado.

—Nunca te ganarás las simpatías del jefazo —dijo riéndose al ver el pendiente bajo sus rizos castaños.

—¡Menos mal! —Larry se puso una mano en el corazón—. No es mi tipo. Pero ya que estamos hablando de dar palizas, te interesará oír que Hunter ganó el caso para nosotros. Debe de ser la pesadilla de todos sus oponentes. Deberías ir alguna vez a verle trabajar si no lo has hecho aún.

De pronto, Nadine sintió náuseas. Se puso de pie tambaleante intentando llegar al servicio. Oyó la voz de Larry tras ella.

—¡Dios mío, estás blanca! ¿Te encuentras bien?

Al final se puso bien, pero rechazó el consejo de su jefe de irse a casa.

Nadine se sintió mejor después de comer un sandwich, pero había un problema que la preocupaba y que tenía que solucionar consigo misma de una vez por todas.

Aunque había estado muy enamorada de Cameron Hunter de adolescente, se vio brutalmente forzada a madurar después de que él se hubiera casado con Lisa, resignándose al hecho de que él pertenecía a otra mujer. Pero desde aquel fin de semana cuando él la llevó al hotel, esos viejos sentimientos por él habían resurgido con aterradora intensidad, haciendo que le diera un vuelco el corazón cada vez que oía su nombre y le subiera la temperatura al recordar los momentos íntimos pasados con él. Eso era estúpido e imprudente. Tenía que controlarse y adoptar en todo ese asunto una actitud adulta.

Pero el destino quiso ponerla a prueba aquel día. Después de haber hecho unas compras en unos grandes almacenes, se encontró dirigiéndose al departamento de bebés y futuras mamás.

Mientras tocaba una chaquetita blanca colgada de una percha, pensó que era extraño que estuviera haciendo eso. Cuando Cameron, Lisa y ella habían hablado al principio de ese bebé, Lisa dijo que quería mantener en secreto los detalles del nacimiento, pero Cameron insistió en que todo el mundo tenía el derecho de saber la verdad sobre su origen. ¿Pero cómo se sentiría un niño al saber que su madre lo había cambiado por dinero?

¡No! Estaba siendo una tonta. Su bebé tendría unos padres que lo querrían, una existencia más cómoda y privilegiada de la que ella podría darle. Y no debía pensar mal de sí misma. Aunque el bebé no lo supiera, había sido concebido para que su propia abuela tuviera la oportunidad de vivir.

Se dio media vuelta y dejó de mirar la chaquetita, pero encontró

otras cosas que la atormentaron: pijamas, sonajeros, juguetes...

Respiró profundamente para aliviar las emociones que repentinamente surgieron en su interior. Pero no podía evitar pensar que estaba llevando el nieto de Dawn Kendall. Parte de su madre, parte de ella. Quizás el único familiar que pudiera tener algún día. ¿Sería lo suficiente fuerte para entregarlo cuando llegara el momento?

Con decisión, decidió controlarse y se marchó del departamento de bebés. Sin hacer caso a sus propios sentimientos ni a lo que sentía por el padre del bebé, había hecho un trato, había aceptado dinero y le había dado a Lisa la promesa de la esperanza en un matrimonio sin hijos. Tendría que mantenerse distante y fría.

Por tanto, cuando Larry la llamó a su apartamento a la mañana siguiente y la invitó a ir a nadar con él durante el descanso para almorzar, accedió de buena gana, para distraerse un poco y no seguir atormentándose con sus pensamientos. Guardó un bañador en su bolso antes de salir para la oficina.

—Muy bonita —declaró él cuando Nadine salió de debajo del agua.

Su embarazo aún no se notaba, aunque los cambios iniciales en su cuerpo habían redondeado sus pechos, dándole temporalmente la figura voluptuosa que siempre había envidiado en Lisa.

—¿Alguna vez has pensado en tener un romance con un abogado prometedor? Buenas perspectivas, buen sentido del humor y descuento en las tarifas legales —dijo sonriendo con el pelo oscuro pegado a la cabeza.

—¡Sólo si soy yo la que lleva los pendientes! —bromeó Nadine mientras se alejaba nadando.

Sabía que Larry no hablaba en serio. ¡Al menos eso esperaba! ¡Larry Lawson era muy poco convencional para ella!

Estaban cruzando juntos el aparcamiento del polideportivo cuando Nadine vio el pequeño BMW blanco descapotable a cierta distancia, y reconoció la blusa de seda color cereza de la mujer sentada en el asiento del conductor.

—Es Lisa —Nadie vaciló y miró a modo de disculpa a Larry—. ¿Te importa si voy un momento a hablar con ella? Te veré en el coche.

Se dirigió hacia ella y, cuando estuvo más cerca del coche, se quedó paralizada y clavada al suelo.

Era Lisa. Nadine no se había equivocado al reconocer el pelo castaño corto y moderno con mechas rubias y unas manos de hombre entrelazadas en su cabello mientras Lisa se entregaba a un apasionado beso. ¡Pero no era Cameron el hombre que la estaba besando!

Nadine se quedó unos instantes sin poder moverse. Entonces, se recuperó, y sin querer que Lisa la viera, se marchó corriendo en

dirección al coche de Larry.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía estar con otro hombre?

—No has tardado mucho —observó Larry mientras ella subía en su viejo Renault.

—No —fue todo lo que Lisa pudo decir.

¡No podía creerlo! ¿Por qué una mujer casada con Cameron, una mujer que lo tenía todo, hacía algo así?

—¿Estás bien? —preguntó Larry mirándola con curiosidad mientras salían del aparcamiento.

—Sí —respondió Nadine automáticamente.

Pero no lo estaba. Se sentía asqueada y perpleja.

Ella iba a tener un bebé. El bebé que Lisa quería. El bebé que ella, Nadine, había pensado que viviría en un hogar feliz y estable con padres cariñosos. ¡Pero Cameron no debía de saber eso! Intuitivamente, sabía que él nunca habría querido un hijo, si hubiera pensado que su matrimonio no era sólido como una roca.

Lisa estaba engañándoles a los dos, a ella y a Cameron. ¿Y cómo podía ella darle su bebé a una mujer que obviamente era inestable, para que se criara en un hogar que podría terminar roto... como había sido el suyo de pequeña?

Esa tarde, apenas supo lo que hacía. Había tomado una decisión. Debía actuar con rapidez. Así que, con dedos temblorosos, llamó a Cameron al trabajo.

Su secretaria le dijo que estaba en un juicio y Nadine le dijo que le llamaría más tarde. Pero cuando colgó, supo que no podía quedarse sentada esperando a que él volviera.

Le preguntó a Larry si podía marcharse temprano, y a los pocos minutos, estaba de camino a los juzgados.

Al entrar en el edificio de estilo gótico, un guardia de seguridad registró su bolso antes de dejarla entrar al grandioso vestíbulo principal.

Entre la confusión de voces y la actividad general, Nadine le preguntó a un empleado dónde podía encontrar a Cameron Hunter. Y justo cuando él empezó a decirle algo, una voz familiar le habló desde detrás..

—¿Nadine?

Ella se dio media vuelta. Cameron llevaba una toga negra y una carpeta bajo el brazo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó frunciendo el ceño.

Nadie tragó saliva. ¿Cómo podía decírselo sin incriminar a Lisa? ¿Cómo podía explicarle su decisión sin darle una razón?

—No... No puedo mantener nuestro trato. Me voy a quedar con el

bebé.

—¿Qué?—preguntó furioso.

¡Oh, Dios! ¿Qué podía decir? ¿Que quería a su bebé y no podía entregárselo a una mujer que no podía ser fiel a su marido? ¿Cómo podía decírselo sin causar serias consecuencias en su matrimonio?

—Me lo voy a quedar —repitió temblorosa, estremeciéndose al ver la dureza en los rasgos de Cameron.

—¿Y por qué...?

—¡Hunter!

Él se calló cuando alguien le llamó diciendo algo sobre el juez. Nadine aprovechó la oportunidad para desaparecer.

Jadeante, salió al brillante sol de julio, mirando nerviosa por encima de su hombro y suspirando aliviada al comprobar que Cameron no la había seguido. Tendría trabajo urgente. Si su decisión le había enfurecido, posiblemente le habría irritado aún más que ella se hubiera marchado.

¿Pero qué podía haber hecho? No tenía ninguna explicación para justificar su deseo de quedarse con el bebé... sólo la verdad. Y eso no iba a decírselo de ningún modo. Si Lisa le engañaba, era asunto sólo de ella el decirlo. Pero lo que sí era asunto de Nadine era asegurarse de que su bebé crecería en un hogar seguro y feliz. Y si eso significaba tener sólo una madre y no un padre, así tendría que ser.

Nadine regresó a su casa, preparó una bolsa y se marchó para estar cerca de su madre ese fin de semana.

Cuando volvió muy tarde el domingo por la noche, estaba más tranquila, ya que el resfriado de su madre al final no se había convertido en algo más grave. Pero el recuerdo de Lisa en el aparcamiento con el otro hombre no la dejó dormir durante horas. Eso y la duda de qué iba a decirle a Cameron cuando él le preguntara, como sin duda haría.

Finalmente durmió un poco, despertándose con tantas náuseas y vómitos, que tuvo que llamar a la oficina para decir que se retrasaría.

A media mañana, empezó a sentirse mejor, pero los músculos de su estómago se agarrotaron cuando sonó el timbre de su casa justo cuando ella estaba a punto de marcharse.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Cameron mirando con frialdad su blusa blanca de manga corta, su falda beige y la americana a juego que llevaba en el brazo.

—A la oficina —dijo muy pálida mientras él entraba sin ser invitado.

—La oficina puede esperar —Cameron cerró la puerta mirándola con dureza—. Ya te has tomado la mañana libre. Otra hora dará

igual... ¡pero antes has de darme una explicación!

Nadine retrocedió un paso. Así que él había llamado a la oficina antes de ir.

—Cameron... sé que tienes derecho a estar enfadado.

—¿Enfadado? —se rió con dureza—. ¡Oh, no estoy enfadado! ¡Estoy furioso! —se acercó más a Nadine, le puso las manos en los hombros y la aprisionó contra la pared—. Vienes y me dices que te vas a quedar con el bebé, sin tener el valor de quedarte y contarme la razón, y luego pasas todo el fin de semana fuera... ¡y posiblemente con mi dinero!

—¡Eso no es cierto!

—¿No? —replicó él con desprecio—. ¿Entonces dónde diablos estabas? He estado llamándote desde que desapareciste el viernes. ¿Dónde has estado? ¿Escondiéndote? ¿Te daba miedo verme, Nadine?

Su tono se había vuelto tan suave y frío a la vez, que ella se estremeció visiblemente.

—¿No tiene una mujer el derecho a querer quedarse con su hijo? Es un instinto maternal...

—¡AL diablo el instinto maternal! Tendrás que contarme algo mejor, Nadine. ¿Y por qué no se lo has contado a Lisa? Yo creía que erais amigas. ¿Por qué viniste a mí con tu cruel mensaje? ¿O es que la egocéntrica Nadine Kendall tiene la suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que ella no podría aceptarlo? Deja de hacerte la inocente, Nadine. ¡Ella contaba con ese bebé, y tú lo sabes? ¿Te das cuenta de todas las frustraciones y decepciones que ha sufrido, la desesperación que debía sentir al llegar a pedirle a otra mujer que le diera el bebé que ella no podía concebir? Y de repente que le digan que no lo va a tener... ¡Lisa me ha abandonado! ¡Has roto mi matrimonio, bruja calculadora! ¡Y si crees que también me vas a quitar a mi bebé, estás confundida!

Nadine lo miró sin poder creer lo que oía. ¿Lisa se había marchado? Ella la había visto en el aparcamiento besando a otro hombre. ¿Pero abandonar a Cameron...?

—No ha sido culpa mía —declaró Nadine, aturdida por las noticias de que Lisa quisiera terminar con su matrimonio y el repentino miedo de que Cameron pudiera intentar quitarle a su bebé.

—¿No? —Cameron se metió las manos en los bolsillos y se meció en sus talones, mirándola con odio—. ¿Estás intentando decirme que no habías planeado esto desde el principio? Si Lisa tenía razón y estás en contra de los hombres...

—¿Ella dijo eso?

—No hacía falta. Está muy claro. Nunca sales con nadie de forma

regular. ¿Cómo elegiste al padre de tu bebé? ¿Buscabas alguna persona especial? ¿O fue el cheque lo que atrajo a la virgen?

Nadine lo miró boquiabierta. Cameron estaba rojo de rabia. Ella soltó un gritito asustada mientras él la agarraba y la ponía contra la pared. Las manos en sus brazos le hacían daño.

—¡Me has utilizado, zorra! —¡No es verdad!

—¿No? Querías un hijo sin los inconvenientes de un marido. Pero te recordaré que yo soy el padre, y lucharé por la custodia.

Nadine se asustó.

—¡No puedes obligarme a entregarlo!

—Legalmente no. Pero si piensas que puedes llevarte mi dinero y quedarte con el bebé, entonces debes saber que recuperaré de algún modo el valor de mi dinero.

—¡No!

Nadine levantó las manos e intentó apartarlo al ver el brillo amenazador en su mirada, pero él era demasiado fuerte, y su cuerpo la apresaba contra la pared mientras su boca bajaba con intenciones humillantes.

Sus labios fueron castigadores, y las manos que la habían sujetado con crueldad, empezaron a tirar del cuello de su blusa.

¡Él la consideraba una fulana! Los sentidos de Nadine fueron arrasados por su olor, calor y furia.

—¡No!

Ese grito desgarrado le hizo reaccionar finalmente.

Cameron la soltó tan repentinamente, que ella se tambaleó contra la pared.

—Haz lo que quieras —le dijo con desprecio—. Vete donde quieras… al otro lado del mundo si te apetece. Pero te encontraré —Cameron se giró para marcharse—. ¡Mientras tengas a mi hijo, nunca te librarás de mí, Nadine!

Capítulo 2

SOFOCADA por el calor en el vagón abarrotado, Nadine estaba de pie sujeta a la barra, rezando para que su estación apareciera entre la oscuridad del Metro y sintiendo náuseas.

Con cierta desgana, recordó la amenaza de Cameron del día anterior, ¿Pretendía realmente luchar por la custodia, incluso sin Lisa y sabiendo que sería dificilísimo ganar? ¿O la despreciaba tanto, que quería que pagara de un modo humillante?

Con el estómago revuelto, se alegró cuando finalmente el tren se detuvo y salió del Metro. Pero sus problemas se agravaron cuando llegó a la oficina.

—Larry se ha ido —le dijo Marion, una de las secretarias, entrando en su despacho—. Esta mañana ha tenido una discusión con el jefe y se ha marchado. Creo que al final fue por el pendiente. Pensé que debía decírtelo, aunque... —vaciló, como buscando las palabras apropiadas—. Oí al viejo decirle a los otros socios que no iba a reemplazarlo... Así que no sé exactamente dónde te deja eso.

Seguramente la despedirían. Los peores miedos de Nadine se confirmaron a los pocos minutos de hablar con Marion. A la hora de almorzar, había recogido todo lo que había en su mesa y se había marchado.

No habría sido necesario, ya que le ofrecieron seguir trabajando hasta final de mes. Pero para evitar preguntas incómodas, había preferido marcharse antes de que se le notara el embarazo. Así que fue a inscribirse a la agencia de secretarias más cercana.

Tuvo suerte y consiguió un trabajo temporal para comenzar al día siguiente en una lujosa empresa de seguros al otro lado de la ciudad.

Le había dado a la residencia donde estaba su madre el número de la agencia por si alguien quisiera localizarla con urgencia. Pero se sintió decepcionada de no haber recibido ninguna llamada de Lisa ni tampoco de Larry... ¡al menos para pedirle disculpas por haber hecho que la echaran!

A finales de la semana, Nadine estaba saliendo de la oficina con otras dos chicas cuando sus compañeras empezaron a exclamar al ver a un hombre y un coche.

—¿Es amigo tuyo, Nadine?

Eso la hizo mirar el brillante Mercedes negro aparcado junto a la acera. La ventanilla del conductor se estaba bajando suavemente.

—Hola, Nadine —Cameron sonrió con reservas—. Sube. Te llevaré a casa.

Nadine se estremeció por su arrogancia al suponer que ella iba directamente a casa o que subiría en su coche después del modo en que él la trató el último día que lo vio. Pero estaba con dos compañeras, y no quería montar una escena, así que de mala gana obedeció, y sus sentidos fueron asaltados al instante por el aroma ligero y evocador de su colonia mezclado con la piel cara de la tapicería.

—Me sorprende que aún no tengas tu propio coche —dijo, arrancando en cuanto ella se puso el cinturón.

¿Qué quería decir? ¿Que él le había pagado lo suficiente como para poder permitírselo? Nadine decidió concederle el beneficio de la duda.

—Conducir en Londres es una pesadilla. No creo que merezca la pena. También tuve que elegir entre tener un coche o un lugar decente donde vivir, y elegí lo segundo.

—¿Una cuestión de prioridades?

Ella asintió con la cabeza, preguntándose si él habría tenido que hacer alguna vez una elección similar.

—¿Por qué dejaste tu trabajo? —le preguntó mirándola detenidamente—. ¿Para evitar cualquier comunicación con el padre de tu hijo? ¿Tienes también planeado un cambio de vivienda?

—¡Claro que no! ¿Pero qué si así fuera? No es asunto tuyo donde yo viva... ni las veces que cambie de trabajo. ¡Pero para tu información, Cameron, resulta que me han despedido!

La sorpresa suavizó las facciones de Cameron. —¿Qué pasó?

Nadine se lo contó, sin poder evitar su tono decepcionado al mencionarle que Larry no se había puesto en contacto con ella.

—Larry Lawson es bastante inmaduro, al rebelarse sin más contra todo lo que le ha llevado donde está. Tendrá que madurar si quiere triunfar en su trabajo.

—¿Oh, en serio? ¿Acaso lo conoces lo suficiente como para acusarle de ese modo? —preguntó indignada defendiendo a su amigo.

—Sólo por algunos asuntos de trabajo y porque proviene de una familia de abogados competentes. Conozco a su padre... Pero hablando de otra cosa, ¿dónde vas a vivir durante tu embarazo? ¿Qué vas a hacer? Porque te guste o no, es asunto mío, y mientras lleves a mi bebé, harás lo mejor para el niño, Nadine.

—¡No te preocupes, ésa es mi intención! —replicó ella acalorada.

—Oh, es cierto, lo olvidé —Cameron se rió con ironía—. Te he proporcionado un buen nido, ¿no es cierto?

—¡Te lo devolveré todo! —prometió Nadine vehemente, aunque en secreto se angustió porque era una fortuna—. Y en cuanto a cuidar de

mi bebé, te aseguro que soy más que capaz. Tengo una casa, un trabajo... —levantó la barbilla—. Me las arreglaré.

—Sí, eso es lo que me temo —dijo Cameron con dureza—. ¿En un apartamento caro? ¿Sin medio de transporte? ¿Y qué harás cuando estés trabajando... contratar una niñera? ¡Tendrás suerte de poder pagarle el autobús con tu sueldo de secretaria! ¿O ya pensaste en eso con el dinero que me sacaste para engendrar a tu hijo?

Sintiendo repugnancia ante su comprensible acusación, Nadine buscó una respuesta satisfactoria. Pero se dio cuenta de que lo único que podía redimirla era la sinceridad, y se quedó callada mientras él continuaba.

—Terminarás en una pensión asquerosa, viviendo del Estado, Nadine. Y yo no consentiré de ningún modo que un hijo mío tenga la vida que tuve yo. De tía en tía mientras mi madre estaba fuera intentando ganarse la vida. Viviendo una existencia precaria con el estigma de ser ilegitimo y pasando privaciones —se rió con dureza al ver la expresión perpleja de Nadine—. ¿No lo sabías?

No. ¿El famoso Cameron Hunter? ¿Ilegítimo? ¿Pobre? Realmente debía de tener una gran fuerza de voluntad para haber triunfado en la vida de ese modo. Eso sólo hizo que Nadine se sintiera más intimidada por él.

—Lisa nunca me lo dijo.

—Me pregunto por qué.

¿Habría imaginado Nadine el dolor en su voz?

—¿Sabes algo de ella? —le preguntó vacilante.

—¿Acaso te importa? —replicó él con dureza—. Y por si has pensado marcharte a alguna parte para que no te encuentre, vas a dejar tu trabajo y tu casa y vivirás bajo mi techo, en mi casa de campo, como se planeó originalmente, hasta que nazca el niño.

Nadine se enfureció. ¡De ningún modo lo haría! Pero Cameron tenía razón en una cosa: ella quería alejarse de él lo más posible, y disminuir el riesgo de que intentara quitarle al bebé.

—No puedes forzarme, ¿verdad? —le preguntó desafiante.

Pareció que Cameron se dio cuenta de que era así. Puso gesto de frustración y siguió hablando casi en tono aburrido.

—¿Qué tal está tu madre últimamente?

Nadine se puso rígida.

—Bien.

—¿Qué dijo cuando le contaste que estás embarazada?

Los dedos de Nadine sujetaron con fuerza el bolso en su regazo.

—No lo he hecho —dijo intentando sonar despreocupada.

—¿Oh, no? —Cameron la miró con curiosidad—. ¿Pero vas a

hacerlo? ¿O piensas no volver a visitarla hasta que hayas dado a luz?

—Claro que se lo diré.

—¿Pero le contarás toda la verdad?

—No.

—¿Entonces qué le dirás?

—No lo sé —murmuró, y se alegró cuando Cameron cerró la rejilla de ventilación porque el humo de un viejo camión frente a ellos le estaba dando náuseas.

Entonces, Cameron empezó a hablar de la polución y los grandes atascos como en el que estaban metidos. Nadine charló con él hasta que entraron en la elegante calle de casitas adosadas que había junto a su apartamento.

—Hemos llegado —dijo poniendo el freno de mano y sacando las llaves del contacto—. Ahora haz lo que te he dicho y sube a hacer las maletas con todo lo que necesites para una larga estancia en el campo, porque esta noche te llevaré a la casa de campo.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo dice? —replicó Nadine pasmada.

—Tu propia conciencia, Nadine —Cameron se giró para mirarla—. A menos, claro, que prefieras que le cuente con detalle todo el asunto a tu madre.

—¡No te atreverías!

No hizo falta que Cameron le respondiera. Al ver la determinación implacable en su expresión, Nadine se dio cuenta de su plan al hacerle todas esas preguntas sobre su madre.

Y sin duda también debió oírla semanas antes cuando le pidió a Lisa que no le mencionara el trato a su madre.

—¡Eres un bastardo!

—Exacto —Cameron sonrió victorioso—. Pero si nos ceñimos al significado estricto de la palabra, ya somos dos, ¿verdad? —dijo suavemente rodeando el coche para abrirle la puerta.

Nadine tardó una hora en guardar lo que se quería llevar, llenando una maleta y una gran bolsa de viaje.

—Déjalo —le ordenó Cameron, que llevaba la maleta, cuando ella fue a echarse la bolsa al hombro para seguirle al coche.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que haga demasiados esfuerzos? —preguntó sarcástica.

Pero él la ignoró y llevó al coche la maleta y la bolsa sin esfuerzo.

Nadine se quedó en el cuarto de baño comprobando si se le había olvidado algo cuando regresó Cameron. Se encontraron en el vestíbulo.

—Te aclararé algo —le dijo muy serio—. No me importa lo que te pase a ti. Pero me preocupa el bienestar de mi hijo, y mientras tú lo

lleves, tomarás todas las precauciones necesarias para protegerlo. ¿Está claro?

Estaba muy claro. Nadine no quiso admitir lo mucho que le habían dolido sus palabras. Y por supuesto, ella pensaba hacer todo lo mejor por su bebé. Pero no se lo dijo.

—¿Qué harás? ¿Pronunciar sentencia contra mí si no lo hago?

Y con ese comentario provocador, levantó la barbilla y pasó de largo.

Había oscurecido cuando llegaron a la casa de campo. Cameron insistió para que cenaran por el camino. Las náuseas de Nadine le impidieron comer, pero él interpretó su gesto como un acto de rebeldía.

En ese momento, cuando pararon, Nadine sintió náuseas de nuevo.

—Dame un momento —murmuró saliendo del coche y odiándose por mostrar alguna debilidad delante de él.

—¿Qué ocurre?

—Voy a vomitar —admitió tragándose su orgullo, inclinada hacia delante con la mano en el estómago.

—Pensé que eso ocurría por las mañanas —dijo Cameron cuando ella volvió a sentarse.

—Yo también.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —preguntó—. Espera un momento.

Cameron salió del coche y Nadine vio su figura oscura recorrer el jardín y le oyó abrir la puerta de la casa.

—Vamos —Cameron volvió y le puso la mano en el brazo con suavidad.

—Estoy bien —protestó Nadine intentando soltarse.

—Mentira. Y no te ayudará el no comer bien. Necesitarás meterte algo en el estómago —dijo sujetándola por la espalda y guiándola por el jardín.

—No puedo —replicó, asqueada de pensar en comida.

—Puedes y lo harás. Comerás poco y a menudo y beberás muchos líquidos —le dijo con conocimiento, sorprendiéndola—. Puedes pensar que no puedes tomar nada, pero eso te ayudará, créeme.

Más tarde, cuando Nadine estaba sentada en el sofá floreado tomándose la tostada y el té que él había preparado, se dio cuenta de que Cameron había tenido razón, porque se le estaban quitando las náuseas.

—¿Veníais... Lisa y tú aquí los fines de semana? —preguntó

vacilante cuando él volvió del coche con su equipaje.

La habitación, aunque espaciosa y bien amueblada, reflejaba un encanto antiguo que no se ajustaba al gusto de Lisa, que prefería los diseños simples y contemporáneos.

—No —respondió Cameron con sequedad, y continuó con tono neutral—. Lisa nunca estuvo aquí, Esta casa perteneció a una de mis tías, y cuando murió el año pasado, me la dejó. Yo no vengo todo lo que me gustaría, pero siempre ha sido el lugar perfecto para descansar y relajarse. También pasé aquí muchos años de mi infancia.

Sus miradas se encontraron. Nadine se sintió debilitada por el magnetismo sexual. Él se había quitado la corbata y se había aflojado la camisa. Pero ella debía recordar la razón por la que estaba allí, y era porque estaba embarazada de su bebé, el bebé que él había planeado compartir con Lisa.

—Pareces cansada —dijo Cameron de forma impersonal—. Deberías acostarte. Vamos, te enseñaré tu dormitorio.

La habitación que le mostró era del mismo estilo que el salón, con edredón de flores a juego con las cortinas.

—El cuarto de baño está al lado —le dijo Cameron subiendo su maleta a un arcón junto a la puerta Si necesitas algo, llámame. Estoy al otro lado del pasillo.

Nadine lo miró.

—¿No vas a volver a Londres esta noche? —preguntó sin pensar, y dándose cuenta al instante de lo absurdo de su pregunta, ya que obviamente era muy tarde.

—No —Cameron dejó la bolsa en la cama—. ¿Pensabas que sí?.Te gustaría más que el padre de tu hijo no estuviera cerca, ¿verdad?

Cuando ella no respondió, demasiado cansada para empezar otra discusión, Cameron se le adelantó.

—Bueno, estaré cerca siempre que pueda. Ningún hijo mío sufrirá la falta de un padre, le guste o no a su madre. Así que mejor será que te hagas a la idea lo antes posible.

Mientras hablaba, abrió la cama mostrando sábanas blanquísimas. Nadine se dio cuenta de que alguien debía ir allí regularmente a limpiar.

—No tenía que haber dejado mi trabajo, al menos no tan pronto —protestó cansada—. ¿Qué voy a hacer durante los meses siguientes, aquí encerrada, lejos de todo?

—Seguro que se te ocurrirá algo. Y como he dicho, estaré a tu lado todo el tiempo que pueda. Puede que yo no sea lo que quieras, pero realmente accediste rápidamente cuando maquinabas tu plan de ser madre soltera. Lo que pasaste por alto fue que hacen falta dos para

engendrar, y en cualquier asociación, hay que contar con las dos partes. Cuando hayas pasado lo peor y te encuentres mejor, puedes volver a tu máquina de escribir si te apetece, pero no veo sentido a que pierdas tu excelente preparación legal en una empresa de seguros. Posiblemente, encontrarías más satisfacción laboral, y menos riesgos para el bebé, trabajando aquí, para mí.

Sintiendo el tocador detrás de ella, Nadie se apoyó para estabilizarse, aturdida por el descaro de ese hombre. Se sentía demasiado herida y furiosa por su opinión errónea como para intentar defenderse.

—¿Por qué? ¿Como fianza? ¿Para asegurarte así que te devolveré todo el dinero que crees que te saqué?

En ese momento, Nadine se juró que se lo devolvería todo. No sabía cómo, pero algún día lo haría.

Entonces, Cameron se acercó a ella y le levantó la barbilla con la mano.

—Oh, me lo pagarás—dijo en tono cruel y suave—. Pero no del modo en que imaginas, Nadine. El dinero no figura en el precio que tendrás que pagarme. Ahora acuéstate como una buena chica. A menos, claro...

Su mirada se dirigió seductora hacia la cama. Nadine, aterrorizada, lo empujó con toda su fuerza y oyó su suave risa burlona mientras salía de la habitación.

Capítulo 3

CUANDO Nadine se despertó, el sol entraba por una abertura en las gruesas cortinas de flores, y con curiosidad por ver exactamente dónde se encontraba, se levantó de la cama.

Al abrir las cortinas se dio cuenta de que obviamente la habitación daba al este. Tuvo que guiñar los ojos para protegerse del sol, que se reflejaba de forma cegadora en la brillante carrocería del Mercedes, que estaba aparcado bajo su ventana. En el otro lado, detrás de una verja de hierro, se extendían los campos y las suaves colinas, mientras que en la pradera más cercana, en parte flanqueada por unos castaños, dos caballos pastaban en esa tranquila mañana. ¡No era extraño que Cameron hubiera dicho que era un lugar perfecto para relajarse!

Un golpe en la puerta la hizo girarse rápidamente, dándose cuenta de pronto de que llevaba un camisón blanco de encaje muy corto. Como tardó demasiado en contestar, Cameron entró, pero se detuvo en cuanto la vio.

—Pensé que seguirías en la cama—declaró, obviamente sorprendido, recorriendo con la mirada el femenino camisón que mostraba gran parte de sus piernas—. No te he traído una bandeja porque no estaba seguro de cuánto puedes comer por las mañanas, pero si te apetece algo más que una tostada, todo está preparado.

Ese lado cariñoso y doméstico de Cameron era tan diferente del duro enemigo que la dejó la noche anterior, que Nadine se sintió momentáneamente aturdida. Por eso y porque la suave camiseta de algodón que llevaba él mostraba la fuerza muscular de su pecho y anchos hombros, enfatizando la cintura delgada.

—Sólo... tostada —balbuceó, aunque curiosamente no se sentía muy mal esa mañana—. Pero bajaré yo.

—¿Por qué? ¿Te incomoda que yo esté en tu habitación? —preguntó él irónico antes de darse media vuelta y marcharse sin darle tiempo a contestar.

Cuando ella bajó al comedor soleado, no le vio, aunque la mesa de madera redonda estaba puesta para dos y el segundo lugar ya había sido recogido. El olor a pan recién tostado llenaba deliciosamente el aire. Y había una tetera caliente esperando, aunque aún se podía oler al café fuerte que Cameron debió prepararse para él. Estaba claro que había recordado que el día anterior Nadine le contó que el embarazo le había hecho tener asco al café. Al menos por ese detalle debía sentirse agradecida.

Se tomó dos tostadas con miel y casi se terminó tetera. Al terminar

se levantó de la mesa, estirando la cintura estrecha de sus vaqueros. Tendría que dejar de ponérselos, pero en ese momento tenía otras cosas en la cabeza, algo que debió hacer la noche anterior si no hubiera estado tan cansada, pero que podría hacer más fácilmente sin tener a Cameron cerca.

Cruzó el pequeño pasillo hasta el salón y se acercó al teléfono que había en la mesa junto a la puerta, sintiéndose como una criminal con miedo de que la atraparan. Marcó rápidamente el número de la residencia.

—Hola. Soy yo, Nadine.

La enfermera, una mujer alegre, le contó que Dawn Kendall había salido para una cita rutinaria en el hospital, y al instante le relató lo mucho que la estaban ayudando los ejercicios de rehabilitación y le dijo que no debía preocuparse.

—Gracias. No sabes lo que eso significa para mí —dijo Nadine relajándose y oyendo de pronto un ruido en el pasillo—. Me he mudado de mi apartamento, pero puedes encontrarme en este número... —rápidamente se lo dijo.

Intentó colgar sin hacer ruido, y entonces se dio cuenta de lo culpable que debió parecer cuando, con un pequeño gemido, se dio la vuelta y vio Cameron mirándola desde la puerta.

—Bien, bien. ¿Te he pillado llamado a alguien y no quieres que me entere? —sonrió con frialdad acercándose hacia ella—. ¿Y eso por qué?

Nadine tragó saliva y deseó poder contárselo. Decirle lo enferma que había estado su madre y que por eso ella accedió al trato del bebé, para poder ayudarla. Pero temía que, si lo hacía, él pudiera usar la información en su contra. Y además, estaba también la promesa que le había hecho a su madre.

—¡Porque resulta que yo tengo una vida privada!

—No mientras estés aquí... y no mientras estés embarazada de mi hijo. ¡No tendrás nada que ver con otros hombres!

¿Así que era eso lo que pensaba!

—¿Y qué te hace pensar que era otro hombre? —preguntó Nadine con las mejillas encendidas—. De todos modos, no soy tu esposa, Cameron. Y si quiero ver a alguien, lo haré. ¡Y me gustaría ver cómo puedes detenerme!

La mirada de furia de Cameron le dijo que había sido una tonta al desafiarle de ese modo, porque de pronto, él se empezó a acercar con ella de forma amenazadora.

—¿Te gustaría?

Nadine retrocedió unos pasos. ¿Por qué no se habría callado?

—Por el amor de Dios, Cameron, todo lo que hicimos fue un contrato…

—Que has decidido no cumplir —le recordó él, poniéndola contra la pared—. Lo quieres todo, ¿verdad?

Asustada, Nadine levantó las manos para empujar inútilmente su pecho.

—Cameron, por favor…

Él se rió sin humor y la miró con desprecio a la cara, fijándose en su pelo alborotado y sus mejillas encendidas.

—Oh, ya hemos pasado antes por esto, ¿verdad?

Y con angustiosa claridad, Nadine se dio cuenta de que se refería a su abandono en la intimidad de la habitación del hotel cuando, febril de excitación, ella gimió súplicas involuntarias.

—¡Eres un canalla!

Su rubor aumentó. Quería olvidar aquel fin de semana, y le empujó con toda la fuerza de su humillación, aunque no sirvió de nada.

—¿Qué ocurre, Nadine? ¿Te avergüenza admitir que estuviste rogándome para…?

—¡Cállate!

Cameron sonrió con crueldad.

—¿Por qué? ¿No te gusta recordar cómo respondiste a mi? —miró despectivo su boca perfecta y la piel clara sobre la abertura de su blusa—. Como responderías de nuevo si te tocara.

Nadine se puso a forcejear, aterrorizada.

—¡Eres un arrogante!

Él se rió de sus esfuerzos por liberarse.

—Quizás, pero yo prefiero llamarlo atracción mutua—declaró, mientras metía los dedos en su pelo y le echaba la cabeza hacia atrás para mostrar la suave línea de su cuello.

—No, Cameron, por favor…

Nadine cerró los ojos para no ver la crueldad y la burla en los de él, mientras esperaba el humillante asalto. Por tanto fue una sorpresa cuando sus labios rozaron suavemente la sensitiva zona de su cuello y Cameron habló en un susurro. —Eso no es lo que dijiste la última vez…

Ardiendo de vergüenza, ella se retorció furiosa entre sus brazos, lo que sólo hizo que él la sujetara con más fuerza. El pelo oscuro de Cameron tocaba su mejilla. Nadine podía oler el fresco olor de su champú mientras las sensaciones recorrían traicioneras su cuerpo ante el íntimo contacto de su cuerpo.

—Nunca le has suplicado a otro hombre, ¿verdad? —preguntó con voz ronca—. Si lo hubieras hecho, ningún otro hombre habría sido lo

suficiente fuerte para resistirse...

La mano que estaba en su pelo se había movido para acariciarle la cabeza, y Nadine emitió un pequeño sonido ahogado cuando los labios de Cameron bajaron sobre los suyos, mientras el otro brazo la sujetaba a él con implacable tenacidad.

Su boca exigió su rendición, y Nadine no supo en qué momento él se movió de forma que ella le puso las manos en los hombros. Sólo supo que cada instinto de rebelión estaba siendo aplastado por la invasión de su boca, por el recuerdo del placer que esa boca y esas manos le habían dado... un placer que ella quería... necesitaba...

—¡Maldita seas, Nadine! —gritó él de repente, apartándose de ella —. ¿Qué me estás haciendo? —rugió jadeante con voz temblorosa que mostraba que había perdido el control y estaba furioso consigo mismo —. Mientras estés viviendo en mi casa, lo harás siguiendo sus condiciones. ¿Está claro?

Demasiado alterada para responder, Nadine se dio media vuelta para mirar por la ventana, y oyó a Cameron salir furioso de la habitación.

Sin querer verlo después de su humillante respuesta hacia él, subió a su dormitorio para abrir la maleta. La noche anterior había estado demasiado cansada para deshacerla.

Colgó una blusa en el viejo armario de caoba e intentó no pensar en el beso y el modo en que ella se había comportado. Él la despreciaba. Si no fuera así y no quisiera castigarla, ni siquiera se habría acercado a ella.

Por tanto, después de escribirle a su madre una carta contándole su cambio de trabajo, razón por la cual se había mudado al campo, le sorprendió bajar con la intención de salir a echarla al buzón y encontrarse a Cameron hablándole con naturalidad.

—Esta tarde iré a Bath. ¿Te apetece venir? Nadine deseó tener la suficiente fuerza para resistirse, pero había algunas cosas que tenía que comprar en la ciudad. Además, no conocía Bath. —Gracias, me gustaría.

Y así, después de un ligero almuerzo, preparado entre los dos con sorprendente armonía, se encontró sentada en el elegante coche.

—Anoche dijiste algo sobre que podía trabajar para ti —dijo con cuidado.

—Sí. Pensé que te apetecería hacer algo durante las próximas semanas. Si es así, hay que pasar a máquina un libro entero.

—¿Un libro? —Nadine lo miró interesada—. ¿Lo has escrito tú?

—Oh, es sólo un libro técnico sobre las reformas de ciertos

aspectos de la ley.

Fascinada, Nadine se sintió de pronto relajada.

—¿Piensas que la ley necesita reformas? Yo pensé que te gustaba administrarla tal como era.

—El hecho de que la represente no significa que deba estar satisfecho con ella.

—¿Y qué cambios te gustaría ver? Él respondió sin vacilar.

—Que se reforzaran demasiados agujeros. Más poder para los jueces para dictar sentencia. Unos medios más aceptables para consolidar el sistema de ayuda legal y más oportunidades de una buena justicia para los pobres.

Su preocupación por los poco privilegiados la sorprendió, pero entonces recordó lo que le había contado sobre su infancia el día anterior. Claro que le importaba, y mucho.

—¿Pero no te preocupa a veces defender a alguien, intentar demostrar su inocencia, cuando en el fondo sabes que es posiblemente culpable? ¿Cómo justificas algo así?

—No es cuestión de intentar demostrar que un hombre culpable es inocente. Es simplemente rechazar cualquier prueba de esa culpa si hay una duda razonable. Hay una diferencia.

Era una definición interesante que Nadine apreció.

—¿Y podría ser por eso por lo que mucha gente inocente es condenada injustamente? Le hace a uno preguntarse si una vuelta al sistema medieval no sería igual de seguro, ¿verdad?

Él se rió, mostrando unos perfectos dientes blancos.

—¿Qué estás defendiendo? ¿Tirarles al río y si flotan son culpables?

—Y si se ahogan inocentes. ¿Es eso menos civilizado que depender de que un abogado realice la mejor representación del día?

Cameron apretó la boca mientras conducía a lo largo de la antigua muralla, que flanqueaba la bella ciudad, con manos fuertes y competentes sobre el volante. Manos en las que mucha gente ponía su suerte. Y Nadine supo que si alguna vez tenía un problema donde tuviera que demostrar legalmente su inocencia, no vacilaría en ponerse en esas manos.

—Me gusta pensar que el trabajo que hago es mejor que actuar según un papel —dijo haciendo una mueca.

Y en ese momento, la carretera se abrió sobre el río, con los enormes arcos de un puente levantándose a su derecha.

—Ya hemos llegado. Esto es Bath —dijo orgulloso.

Rodeada de colinas, los cálidos tonos de los edificios georgianos daban una mezcla de dignidad y elegancia al ambiente.

Cameron dejó el coche en un aparcamiento y luego la llevó a ver un par de lugares típicos como los antiguos baños, construidos por los romanos para utilizar los manantiales minerales que habían hecho de Bath un famoso balneario en el siglo XVIII y la impresionante abadía donde Edgar, el primer rey de Inglaterra, fue coronado en el año 973.

Luego, se dirigieron a la zona más nueva de la ciudad, con sus estupendas tiendas y una enorme papelería, donde Cameron compró algunos materiales para el libro que estaba escribiendo.

—Si quieres, puedo conseguirte un ordenador portátil —le dijo mientras salían de la tienda—. Yo no escribo a máquina, así que no me habría sido útil. Lo he escrito todo a mano, y como recordarás de haber trabajado antes conmigo, mi escritura no es precisamente fácil de entender.

¡Como si pudiera olvidarlo!

—No pasa nada. Te llamaré cada vez que me atasque en alguna palabra.

La tensión entre ellos había desaparecido durante el trayecto, y Nadine estaba disfrutando del paseo y también de la compañía de Cameron, aunque no quería pensar mucho en eso.

—Yo conseguí mi titulo aquí, en Bath —le contó Cameron más tarde cuando estaban cruzando un río—. En esos días pasábamos los fines de semana haciendo trabajillos para tener algo de dinero, y cuando salía el sol íbamos a estudiar a ese parque —dijo haciendo un gesto con la cabeza.

El parque, delante de ellos, estaba lleno de flores.

En ese momento no había estudiantes, ya que se habrían marchado para las vacaciones de verano, como una vez debió hacer el joven Cameron. Pero ese hombre a su lado, debido a su duro trabajo, había dejado detrás los años de pobreza.

—¿En qué estás pensando?

Nadine lo miró.

—En las ventajas de la educación.

—¿Tú no fuiste a la universidad?

Él ya sabía la respuesta, pero Nadine respondió de todos modos.

—No.

Y eso fue porque su padre las abandonó cuando ella era una adolescente y su madre necesitó ayuda económica. Pero no se lo dijo a Cameron.

—Una pena —dijo pensativo—. Bueno, ¿tienes hambre?

Cuando ella le dijo que sí, la llevó a una pequeña cafetería que resultó ser la casa más antigua de Bath. Nadine se tomó tres tazas de té y una enorme porción de tarta.

—¡Ya voy a engordar bastante sin esto! —se rió mientras cortaba el dulce, una especialidad de la casa que sabía tan delicioso como olía.

—Estás empezando a hablar como Lisa.

Nadine levantó la cabeza rápidamente.

Si a Cameron le dolía hablar de su mujer, lo ocultaba bien, porque ninguna expresión cruzó su rostro y su tono fue de lo más normal.

—¿Te preocupa que el embarazo estropee tu tipo como le preocupó en su día a ella?

—¡No, claro que no! Resulta que pienso que un bebé es más importante que algunas estrías y el pecho caído —dijo mientras se tomaba la última porción de tarta.

—¿Te apetece más? —fue todo lo que él le dijo.

—¿Bromeas? —preguntó Nadine poniéndose las manos en el estómago.

La camarera llevó la factura y Cameron la tomó. Nadine se fijó en que no llevaba el anillo de boda que ella siempre le había visto en el dedo.

¿Habría simplemente olvidado ponérselo? ¿O se lo había quitado como forma de aceptar que su matrimonio había terminado? ¿Estaría sufriendo por dentro por la mujer que amaba, con la que había planeado construir un futuro? ¿O se habría resignado a que Lisa nunca volvería?

Levantó la mirada y se dio cuenta de que él la había sorprendido observando su mano. Nadine se ruborizó. En sus ojos azules, vio brillar cierta emoción hostil. Se preguntó si sería por rencor hacia Lisa o hacia ella. Pero Cameron no dijo nada al respecto.

—¿Estás lista? —fue todo lo que le preguntó.

El resto del día pasó en tensión, pero sorprendentemente, Cameron decidió que también pasaría el día siguiente en la casa de campo.

Mientras él estaba ocupado trabajando en una habitación del piso de arriba, Nadine se sentó fuera, bajo la sombra de un árbol en el jardín trasero, levantando de vez en cuando la mirada del libro de Cameron sin terminar para mirar a alguna brillante mariposa o a algún pájaro.

Cameron había tenido razón. Su escritura no había mejorado con los años. Era la escritura de un hombre que tenía preocupaciones más importantes que la letra. Pero ella tenía toda una semana para descifrarlo, ya que él le dijo que ése sería el tiempo que tardaría en llevarle el ordenador.

Nadine dejó el manuscrito debajo de una piedra en la silla y entró en la casa para prepararse una taza de té y buscar a Cameron.

No le encontró en ninguna habitación del piso de arriba, pero al

oír ruidos sobre su cabeza, se encontró una escalera portátil que se había bajado de un rellano superior y que llevaba por una trampilla al desván.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nadine asomando la cabeza por la trampilla.

Cameron estaba concentrado con la cabeza inclinada, buscando en un baúl. Levantó la cabeza y se sorprendió al verla.

—Este lugar necesita aislamiento, pero antes, hay que ordenarlo. ¿Y qué diablos haces tú subiendo escaleras en tu estado?

—Vamos, que no estoy enferma —dijo Nadine sin darle importancia y subiendo al ático.

Respiró el aroma a polvo viejo mientras miraba encantada alrededor. Era un almacén de historia abandonada: cuadros antiguos, muebles viejos, y cerca de la pared, donde el techo se inclinaba en pendiente, un caballo de balancín con la crin y la cola blancas y enmarañadas.

—¿Era tuyo?

Nadine ya estaba sobre los tablones de madera que servían temporalmente como suelo, moviéndose hacia el caballo, cuando oyó a Cameron gritar desde detrás.

—¡Ten cuidado, por Dios!

De pronto, la sujetó de la cintura, evitando que siguiera avanzando.

—Esas maderas no lo cubren todo... Las vigas están expuestas. Si pones— ahí un pie, terminarías en el lavabo del cuarto de baño, seguido posiblemente de una temporada en cama con un aborto —la reprendió.

Su tono implicaba que seguía pensando que ella no tenía que haber subido allí.

—Vaya, yo habría pensado que habrías considerado eso como el fin de muchos problemas —dijo Nadine sin pensar.

Al instante sintió su cuerpo ponerse rígido detrás de ella.

—Prométeme ahora mismo que nunca dejarás que esa idea cruce por tu cabeza —le dijo con dureza contra su mejilla.

—Está bien —murmuró Nadine intimidada por su tono. Y repentinamente, Cameron la soltó.

—Quédate en los tablones. Y no, el caballo perteneció a mi abuela y luego a mi tía. Pero no a mí.

—¿Es tan viejo? —preguntó Nadine mirando el juguete con apreciación, ya que de pequeña siempre había querido uno y nunca lo pudo tener—. ¿Pero ella te dejó usarlo?

—Sí, me dejó usarlo. ¿Pero para qué has subido? —le preguntó

Cameron impaciente.

¿No quería que estuviera ahí por alguna razón que no fuera el riesgo que sufrían ella y el bebé?

—Iba a hacerme una taza de té, y vine a preguntarte si... ¡Oh! ¿Qué es eso?

Cameron estaba sacando una vieja caja de zapatos del baúl. La tapa estaba rota por un lado y cayeron varias fotografías. Nadine las recogió. Un par de ellas tenían los bordes rotos y arrugados y tono amarillento, y había otras más recientes en blanco y negro.

—¿Quién es? —preguntó levantando una de una joven adolescente riéndose como si no tuviera ni una preocupación en el mundo.

Cameron echó una rápida mirada antes de seguir sacando cosas del baúl.

—Mi madre —contestó inexpresivo.

Sorprendida, Nadine se quedó mirándola, reconociendo la determinación tras la risa y la llamativa simetría de sus facciones, rasgos que le había pasado a su hijo.

—Es muy guapa —dijo despacio.

—Sí, lo es —dijo Cameron en tono bajo.

—¿Qué años tenía aquí? —preguntó Nadine, sintiendo que él no quería hablar de ello, pero con una gran curiosidad por descubrir más cosas sobre ese hombre.

—Diecinueve. Se la hicieron el año antes de que naciera yo.

Y entonces, todo cambió. Cameron no lo dijo, pero ella notó en su tono crítico que él se consideraba el instrumento que había causado la desgracia de esa mujer.

Nadine respiró profundamente.

—Fue su opción, ¿verdad?

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Cameron con dureza y con mirada acusadora—. Era joven y estaba enamorada, incapaz de ver más allá de la pasión. Yo nunca la vi así —dijo haciendo un gesto a la fotografía—. La recuerdo delgada y demacrada, vestida siempre con ropa vieja, agotada de trabajar para mantenerse a sí misma y a su hijo.

—¿Y tu padre? ¿Lo conociste?

En ese momento, Cameron dejó de ocuparse del baúl, se enderezó y se puso las manos en las caderas.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —preguntó furioso—. Si con eso te callas, te contestaré. No, no lo conocí. No supe nada de él —apretó los labios—. Nada aparte de que ya estaba casado.

—¿Casado? —susurró Nadine atónita bajando la mirada a la fotografía.

En ese momento podía entender con más claridad las razones de

Cameron para despreciarla.

Indirectamente, él había creado para su hijo la misma situación en la que él nació, y pensaba que ella había sido directamente responsable. Y sin contarle toda la verdad, Nadine no tenía ninguna esperanza de hacer que él cambiara su opinión de ella.

Muy triste, Nadine se dirigió hacia la escalera.

—Iré por el té —murmuró.

Capítulo 4

CAMERON volvió pronto a Londres el lunes por la mañana, marchándose antes de que Nadine se despertara. Ella se sintió aliviada en cierto modo cuando bajó y descubrió que se había ido. Cuando lo tenía cerca, ella estaba continuamente luchando contra los sentimientos de culpa y la atracción que se había obligado a ignorar durante todos los años que Cameron había estado con Lisa. Pero ahora que no estaba, se sintió sorprendentemente melancólica y algo sola.

Se preparó el desayuno y se sentó a leer el periódico que Cameron había comprado en Bath el fin de semana. Luego, tras recoger la mesa, salió al jardín soleado.

—Buenos días, querida.

Nadine se sobresaltó. Una mujer regordeta con una cesta en el brazo estaba abriendo la verja, con su brillante camisa de cuadros metida por dentro de unos pantalones de pana oscuros.

—Soy Edna Bowles —le informó con una sonrisa—. Soy del pueblo. Vengo una vez por semana para limpiar. El señor Hunter me ha dicho que le ha alquilado la casa para unos meses, y que quiere que yo venga de forma más regular.

Nadine sonrió.

—Sí. La he alquilado hasta la primavera.

Se dio cuenta de que Cameron debió contarle eso a Edna para que nadie sospechara nada. Pero no puedo evitar sentirse insignificante, ya que para él, Nadine sólo era una inquilina, a pesar del niño que habían concebido juntos.

Pero al rato, Edna y ella estaban charlando como viejas amigas.

—El señor Hunter es estupendo —dijo Edna tomando una taza de té en la cocina—. Yo no sabía que usted vendría tan pronto. Pensé que sería a finales de semana, pero mi vecino me dijo que vio el coche del señor Hunter aquí todo el fin de semana...

—Sí —admitió Nadine rápidamente—. Tenía mucho que ordenar en el ático.

Pero no pudo evitar ruborizarse y tuvo que girar la cabeza, aún sabiendo lo que pensaría Edna de ese gesto.

—El lugar lo necesita. Apenas se ha tocado desde que su anciana tía murió —dijo Edna rápidamente, prefiriendo ignorar la situación para no avergonzar más a Nadine—. Como su sobrino, era una mujer fuerte y decidida, pero me temo que acumuló demasiadas cosas. El señor Hunter se preocupaba por ella. Venía en vacaciones, cumpleaños... pero siempre solo...

El comentario de Edna sorprendió a Nadine.

Lisa no podía ser tan egoísta y negarse a visitar a la anciana tía de su marido. ¿O su amiga no habría sido la persona que ella creyó?

De todos modos, Nadine estaba mucho más animada cuando Edna se marchó, lo suficiente para empezar a tejer un par de patucos con la lana amarilla que compró la semana anterior y después podar unos hierbajos del jardín.

Al día siguiente, una gatita entró por la ventana de la cocina mientras ella estaba fregando los platos, se acurrucó en una de las sillas del salón y no se movió de ahí. Después de preguntar por el pueblo a la mañana siguiente con la esperanza de encontrar a su dueño y no conseguirlo, Nadine compró la caballa ahumada que le había apetecido desde el desayuno, volvió a la casa y la compartió con su nueva inquilina.

Esa noche se puso a ver un interesante documental en la televisión. A medio programa, oyó un coche acercándose a la casa.

Cambiando a la gatita de su regazo a una silla, se acercó hasta la ventana abierta. El Mercedes de Cameron estaba fuera, y a pesar de que se había recordado continuamente que seguía siendo un hombre casado, el corazón le dio un vuelco.

—Hola, Nadine —la saludó cuando ella le abrió la puerta.

A juzgar por su elegante traje oscuro, debía llegar directamente de su bufete.

—Aquí está el ordenador —declaró entrando y dejando en la mesa una gran caja—. ¿Qué has estado cocinando? —preguntó olisqueando.

—Caballa ahumada —dijo Nadine deseando haber echado más ambientador, a pesar de que todas las ventanas estaban abiertas—. Lo tomé para almorzar.

—¿Las dos? —preguntó Cameron fijándose en la gatita que estaba de pie en el brazo del sillón, maullando para llamar la atención.

—¿No te importa? —le dijo Nadine mirándolo nerviosa antes de ir a por el animalito y levantarlo en sus brazos—. No me dijiste que podría tener un animal… Pero no me podido resistirme a esta gatita. Apareció ayer, así que la he llamado Martes.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Cameron.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo acariciándole la cabecita al animal.

Pero al hacerlo, sus dedos rozaron accidentalmente la mejilla de Nadine, un roce sensual e imperceptible, pero que la hizo estremecerse.

—¿Te sentías sola?

Nerviosa, Nadine se acercó a apagar la televisión e intentó hablar

despreocupada.

—En realidad no —mintió.

—¿Has recibido alguna otra visita?

Se refería a algún hombre, y el rencor brilló en los ojos de Nadine mientras él se quitaba la americana y se aflojaba la corbata.

—No, sólo Edna. Dijo que volvería mañana.

—Bien —dijo él satisfecho—. ¿Has cenado algo desde que apestaste la casa con ese irresistible almuerzo?

—¡No hace falta que me lo restriegues por las narices! Yo no sabía que ibas a venir, ¿verdad? A mí me encantó. Y no, no he cenado aún. Estaba pensando en hacer curry—dijo Nadine con un brillo malicioso en la mirada—, pero debo avisarte que a mí me gusta muy picante. Y quizás verduras con ajo para empezar...

—Olvídalo —Cameron hizo una mueca—. Esta noche cenaremos fuera. Un amigo mío tiene un club privado a unos kilómetros y tengo que asesorarle sobre un asunto legal. ¿Cuánto tardarás en estar lista?

—¿Media hora? —preguntó Nadine, intentando ocultar la alegría que le provocó su sugerencia.

En realidad estuvo lista antes que él. Se había cambiado la blusa y los vaqueros por un suave vestido verde ceñido, y casi se chocó con Cameron cuando los dos salieron al pasillo.

—¿Sabes coser? —le preguntó él, tirando impaciente de un puño sin botón, dando por sentado que ella se lo arreglaría sin más.

Pero Nadine prefirió no decirle nada. Bajó a buscar el costurero que había visto en el cuarto de estar y regresó con una aguja e hilo.

—¿Vas a quitártela?

Cameron había entrado en su dormitorio, y verlo de pie con la camisa abierta mostrando el pecho, hizo que se le formara un nudo en el estómago.

—No creo que sea necesario, ¿verdad?

Nadine se ruborizó por su sonrisa burlona. Pero ella sólo iba a coserle un botón de la camisa. ¿Entonces por qué se sentía como si sus dedos no pudieran controlar la aguja? La metió por la tela del puño.

Si no tenía cuidado se la clavaría a él. Mantuvo la cabeza inclinada para que su melena ocultara su rubor mientras intentaba ignorar el gran contraste del vello oscuro de su muñeca con el inmaculado puño blanco, el olor que emanaba de su cuerpo, el calor de su piel, de esa fuerza dura y masculina...

—¡Ay! ¿Estás practicando la acupuntura?

—Perdona —balbuceó Nadine.

Al fin terminó y luego se dio cuenta de que había olvidado subir unas tijeras. Dio un tirón, pero la hebra no se partió.

—Espera —dijo Cameron.

Nadine aguantó la respiración cuando él puso la mano sobre la suya e inclinó la cabeza para morder la hebra. A ella se le detuvo el corazón. Sólo podía oler la frescura de su pelo, húmedo de la ducha, y notar el calor de la mano que sujetaba la suya.

—¿Te cosía Lisa todos los botones como una esposa sumisa? —balbuceó buscando algo que decir.

—¿Es eso lo que piensas que es el matrimonio? ¿Una relación de servidumbre y obligación? —¿No lo es?

Después de todo, la madre de Nadine se había dedicado a intentar complacer a un marido desagradecido antes de que él la hubiera dejado por una mujer joven que consideró más divertida.

—¿Es por eso por lo que estás en contra de los hombres? —preguntó Cameron sujetándola de la muñeca.

—¡No estoy en contra de los hombres! —exclamó Nadine intentando liberarse—. He conocido a muchos que me han gustado...

—¿Pero no lo suficiente como para que te dieran un hijo? ¿Entonces por qué me elegiste a mí? ¿Porque en mí encontraste a alguien que podía darte dinero y por quien sentías una profunda atracción sexual?

—¡No! ¡Tú eras el marido de Lisa, por el amor de Dios! Nunca pasó por mi cabeza nada semejante...

—¿Nunca? —preguntó incrédulo—. Te guste o no, soy el hombre con quien elegiste acostarte para dejarte embarazada. El hombre a quien rogaste que te diera placer. Así que despréciame todo lo que quieras, pero me querías dentro de ti. Y no puedes negarlo, igual que yo no puedo negar que, aunque fueras una adolescente, sí me fijé en ti.

Pasmada, Nadine se quedó mirándole mientras daba media vuelta y se marchaba al cuarto de baño, cerrando la puerta de golpe.

¿Qué había dicho? ¿Que se había fijado en ella todos esos años antes a pesar de que se casó con Lisa?

Bueno, bien pensado, ella era atractiva, y Cameron era un hombre. Claro que debió fijarse en ella. Pero eso no significaba nada y no implicaba ningún sentimiento. Así que recordándose eso con firmeza, Nadine bajó a guardar la aguja.

El club privado al que la llevó Cameron era una preciosa mansión antigua en las colinas.

—Te gustará Simon. Fuimos juntos a la universidad —le dijo Cameron mientras aparcaba—. No estoy seguro de que Molly sea su tipo, pero mejor que tú te formes una opinión sobre ella.

Y Nadine lo hizo, desde el principio, cuando la chispeante morena

se dirigió a ella presuntuosa antes de que Cameron las hubiera presentado.

—Y tú debes de ser la afortunada señora de Cameron Hunter.

—Yo... no —balbuceó Nadine incómoda, mirando a Cameron.

—Nadine es mi ayudante —declaró él suavemente y con una firmeza que silenció a la otra mujer mientras le dirigía una sonrisa encantadora.

—Oh —exclamó Molly ruborizándose levemente. Pero Nadine sintió los ojos de Molly continuamente en su pelo y su figura.

Simon Braith y su novia resultaron agradables, aunque la conversación de Molly fuera algo abrumadora a veces. Debía de ser varios años mayor que Simon, más cerca de los cuarenta que de los treinta, y por algo que se dijo, Nadine supo que Molly estaba a punto de convertirse en su segunda mujer, ya que la primera lo abandonó por un músico cinco años antes.

También notó el profundo respeto y amistad que existía entre los dos hombres. Y por las miradas preocupadas que echaba Simon a Cameron cuando él no lo veía, Nadine se preguntó si Simon ya sabría lo de Lisa.

Se encontraban en ese momento en el ambiente selecto del restaurante del club, y Simon y Cameron estaban hablando de asuntos jurídicos.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —le preguntó Molly a Nadine.

—No mucho —contestó evasiva.

La otra mujer siguió insistiendo con curiosidad, en un tono más confidencial.

—Simon dijo antes algo sobre que estabas trabajando para Cameron en la casa de campo. ¿Te ocupas de sus asuntos más privados?

—Exacto. Está escribiendo un libro sobre reformas legales. Y como yo he sido secretaria jurídica...

—¡La combinación perfecta! —exclamó Molly con segundas—. ¿Cómo puedes concentrarte en el trabajo teniendo un jefe así cerca? Y si no es mucho descaro decirlo, Nadine, ¿cómo se concentra él en el suyo? Eres tan bonita como Cameron viril. No sé Lisa Hunter, pero si yo fuera su esposa, no permitiría que Simon empleara a una secretaria con tu físico.

Nadine se rió incómoda. ¡Si Molly supiera la verdad!

—No creo que Cameron sea el tipo de hombre que se someta a los deseos de una mujer.

—Bueno, imagino que eso es lo que le hace tan excitante y

atractivo. E imagino que su mujer será encantadora y bella, y tendrá confianza en él…

—Molly suspiró y entonces se Fijó en Nadine, con gesto preocupado—. ¿Estás bien, Nadine? ¿Qué es?

¿Te molesta el puro de Simon?

—No, no. Estoy bien —contestó Nadine rápidamente, sin querer llamar la atención.

Pero no lo estaba. El humo del puro combinado con el esfuerzo de intentar mantener una conversación educada con la efusiva Molly la estaba afectando más de lo que quería admitir, provocándole unas horribles náuseas. Se alegró cuando Molly, creyendo su palabra, se giró y le hizo un comentario a Cameron sobre que los abogados eran irresistibles para las mujeres.

Pero mientras Nadine escuchaba la incesante charla de Molly, las paredes de papel rojo y dorado parecieron temblar ante sus ojos. El suelo enmoquetado granate pareció mezclarse con las paredes, con los candelabros, los manteles blancos… y de pronto, todo pareció estar nadando en un vertiginoso mar rojo.

Pero de repente, él apareció a su lado. Nadine sintió su mano fuerte en el hombro, tan firme y reconfortante como su voz.

—Venga. Nos vamos a casa.

En ese momento, Nadine no podía hablar ni pensar. Sólo se sentía inmensamente agradecida de que él se hubiera dado cuenta de su estado. De algún modo se puso de pie y se apoyó en su brazo, y entre neblinas, le oyó hablar a los otros.

—Voy a llevar a Nadine a casa. Gracias por la cena, Simon. Ya te llamaré.

Y eso fue todo. No hubo necesidad de dar más explicaciones. O quizás Cameron se hubiera dado cuenta de que no había tiempo, porque Nadine empeoró antes de salir al aparcamiento, y por suerte vio el cartel de los aseos al acercarse a la salida y se marchó corriendo hacia allá.

Cuando salió un tiempo después, pálida y temblorosa, Cameron se apartó de la pared donde la había estado esperando.

—Si hubieras tardado un minuto más, habría entrado a buscarte. Vamos. Será mejor que te acuestes lo antes posible.

Apoyándose en su brazo, Nadine se dejó llevar al Mercedes.

—Lo siento —dijo Nadine cuando estuvieron en la carretera—. Los otros… deben haber pensado…

—Nadie habrá pensado nada —le aseguró Cameron con cierta impaciencia—. Y si es así, ¿qué más da?

Nadine deseó tener su seguridad y confianza. Se quedó mirando el

paisaje oscuro. Los faros del coche iluminaron algunas figuras. Un conejito salió de la carretera y entró en el campo.

—Y no uses el reposa—cabezas como almohada —oyó decir a Cameron suavemente mientras ella cerraba los ojos, sintiéndose mejor, aunque muy, muy cansada—. Un amigo mío lo hizo una vez y se rompió un ligamento cuando se le resbaló la cabeza. Apoya la cabeza en mi hombro si quieres dormir.

Ella quería dormir, no usar su hombro. Pero no podía mantener los ojos abiertos, y dándose cuenta de que su consejo era prudente, hizo lo que le sugirió.

Y no se enteró de nada más hasta que el coche se detuvo y Cameron paró el motor.

—Vamos, Nadine, despierta —Cameron le dio unas suaves palmaditas en la mejilla—. Despierta, Nadine.

Ella gruñó, notando entre sueños el aroma de su colonia en los dedos.

—Vamos, Nadine.

Su voz le sonó más ronca. Cameron empezó a sacudirla con más vigor, pero ella no quería despertarse, volver a la fría realidad y notar el desprecio de Cameron hacia ella. Quería quedarse ahí, envuelta en el calor y la seguridad del coche.

—Cameron...

Echada sobre su asiento, no notó que él le giraba la cara ni que el modo en que había dicho su nombre había sonado como un ruego desde su corazón.

Entonces notó la respiración suave de Cameron contra su boca. ¡Iba a besarla! Pero se decepcionó cuando él simplemente la apoyó suavemente contra el respaldo y salió.

Cameron rodeó el coche y abrió su puerta. —Vamos —dijo cortante, extendiendo un brazo para ayudarla a salir.

—Cameron, yo... —balbuceó Nadine, sintiéndose avergonzada—. No pretendía...

—Lo sé.

¿Entonces por qué parecía tan exasperado? Angustiada, se tambaleó contra él mientras daban los primeros pasos hacia la verja. Y cada nervio de su cuerpo cobró vida cuando él la levantó en sus brazos y le habló con más suavidad.

—Vamos. Ahora sólo hay un lugar par ti. Y ese lugar era la cama.

—No tenías que haberme traído en brazos —dijo Nadine cuando la acostó.

—Tú no eras muy... capaz de llegar sola —dijo Cameron sonando algo divertido, aunque su rostro estaba en sombras.

—No estaba borracha —protestó Nadine.

—No. Sólo borracha de agotamiento.

El pulso de Nadine se aceleró cuando él empezó a bajarle la cremallera del vestido.

—¿Entonces por qué te estás aprovechando de mí?

Cameron se rió suavemente.

—Porque no estás en posición de poder detenerme.

¡Cielos! ¿Hablaba en serio? Mentalmente ella intentó salir del letargo, pero su cuerpo no parecía conectado a su cerebro, y la necesidad la invadió mientras esas manos fuertes le bajaron el vestido por las caderas y luego le quitaron las sandalias.

Se inclinó sobre ella, sentándose en el borde de la cama para quitarle el sujetador, y con febril anticipación, Nadine se arqueó, haciéndoselo más fácil, mientras el deseo palpitaba en su interior.

¿Cómo podía haberse sentido tan mal una hora antes y en ese momento estar deseando a un hombre con toda la fuerza que era posible?

—Cameron...

Él la miró de arriba abajo y luego a los ojos, y Nadine supo que leyó el deseo en sus ojos. Quizás debería sentirse avergonzada de que la hubiera desnudado, pero no era así. Cameron había sido su único amante, el que la había convertido en una mujer, de modo que estaría unida a él para toda la eternidad. Y lo necesitaba como la tierra necesitaba luz, aire y sol para sobrevivir.

—Cameron, quiero que sepas que... yo....

Estaba intentando encontrar las palabras apropiadas para redimirse ante sus ojos, pero el suave roce de sus dedos contra sus labios evitaron que siguiera.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir por la mañana —le dijo, tapándola con el edredón y dejándola frustrada.

Ella oyó sus pasos al marcharse, sintiendo más vergüenza que en toda su vida.

¿Qué le había pasado? No había olvidado que seguía siendo el marido de Lisa. ¿Entonces por qué le había permitido ver lo mucho que lo deseaba? Cameron no sólo estaba casado, ¡sino que, además, la despreciaba!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No era la primera mujer que tendría el bebé de un hombre que no sentía nada por ella, que pertenecía a otra mujer... aunque las circunstancias fueran algo especiales. Pero aquel fin de semana, cuando Cameron la había iniciado sexualmente, había despertado algo más en ella, algo más fuerte y complejo que el inocente fervor que había sentido por él

durante sus años de adolescente. Y dolía. ¡Dolía muchísimo!

A la mañana siguiente, cuando Nadine se despertó, le oyó hablar por teléfono en el piso de abajo.

—No. Hoy no iré. Si hay algún mensaje importante, que me llamen aquí.

Era su secretaria. Nadine se dio media vuelta en la cama, pero mientras se despertaba completamente sintiendo las acostumbradas náuseas, recordó lo mal que se había sentido la noche anterior en el club. Y entonces se dio cuenta. ¡Él no había vuelto a Londres por ella!

Un repentino calor interior alivio la desazón de sentirse tan mal físicamente, y cuando al final bajó, encontró a Cameron preparando el ordenador en el salón.

—Buenos días, Nadine. ¿Cómo te encuentras hoy?

Ella se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y arrugó la nariz.

—Pregúntamelo de nuevo cuando hayan pasado estos primeros tres meses.

—Al menos ya no falta mucho.

Cameron volvió a su tarea de enchufar el ordenador y tecleó algo en la pantalla. Nadine se quedó mirándolo, notando la perfección de sus manos, la elegancia informal de su ropa y la concentración en su rostro, y sintió una emoción que le puso un nudo en la garganta.

—No tenías que haberte quedado.

Cameron la miró mientras apagaba el ordenador, satisfecho al comprobar que funcionaba. —Lo sé.

Pero se había quedado. ¿Habría sido por lo de la noche anterior? Nadine sintió vergüenza al recordarlo, porque ella le había invitado descaradamente a que le hiciera el amor. La noche anterior él había sido tierno, aunque sólo hubiera sido porque ella se encontró mal, y como una tonta, ella había respondido a su ternura... algo que posiblemente Cameron habría demostrado hacia cualquiera que se hubiera encontrado mal.

Estaba casado. Era importante que no lo olvidara. Él seguía amando a Lisa y no quería tener una aventura con ella. Y Nadine no quería hacer nada que pudiera provocar el divorcio. Aunque le atraía Cameron, no tenía derecho a nada ni a tener las fantasías sexuales que habían llenado su cabeza desde la primera vez que hicieron el amor.

De todos modos, ese día resultó ser bastante agradable. Hacia mediodía, Nadine se sintió mejor. Cameron sugirió un paseo y fueron

al campo. Él le enseñó lugares típicos de su infancia.

—Ahí fue donde me caí a un montón de estiércol fresco.

—¡Seguro que saliste oliendo a rosas! —se rió Nadine—. ¿Te echaron de la casa o te frotaron de la cabeza a los pies antes de dejarte entrar?

Una sonrisa nostálgica apareció en los labios de Cameron mientras se acercaban a la casa.

—Me hicieron desnudarme en el jardín y me enviaron directamente a la cama por estropear la ropa que mi tía insistió en que mi tío quemara porque no podía soportar el olor.

—Te lo merecías.

Nadine se rió de nuevo y su rostro se iluminó. Pero se puso rígida porque Cameron le puso la mano sobre la suya cuando ella fue a abrir la verja, y con la otra le levantó la cara.

—Así está mejor. El aire fresco te ha sentado bien. Antes estabas muy pálida.

¿Era ésa la única razón por la que la había llevado a dar un paseo? Nadine se odió por sentirse decepcionada y por que todo su cuerpo temblara ante el roce de su mano. Y se sintió agradecida cuando Martes, que les había oído, salió a recibirlos.

Cameron se marchó aquella noche a Londres, y Nadine no volvió a verlo durante casi tres semanas. Llamó por teléfono al día siguiente de marcharse, desde su bufete, para preguntarle con frialdad si estaba bien. Pero no fue a verla ese fin de semana, ni el siguiente. Nadine no sabía la razón. La última tarde entre ellos había existido cierta tensión provocada por la atracción sexual entre ellos.

Y por eso, él estaba haciendo lo más correcto manteniéndose apartado, y aunque Nadine sabía que debería alegrarse diciéndose que era lo mejor, no se sentía así.

Cuando llegó otro fin de semana y se dio cuenta de que no iría, habló con Edna para que fuera a dar de comer a Martes y se fue a Brighton, donde su madre, que había pasado su convalecencia, estaba pasando unas vacaciones con una viuda amiga suya.

Dawn Kendall estaba más fuerte y alegre, y Nadine se animó cuando la vio realizar pequeña tareas que anteriormente le habían causado mucha fatiga y dolor.

Sin la operación, su madre habría estado postrada en la cama a esas alturas. Aún pasaría algo de tiempo antes de que volviera a su vida normal, y, por esa razón, Nadine no le contó nada de su embarazo, decidiendo esperar un poco más, cuando se le empezara a notar.

La gatita estaba más grande cada día, y distraía a Edna cada vez

que iba a limpiar, saltando de un lado a otro. Una vez se metió en su cesta, y cuando ella estaba a medio camino de vuelta al pueblo, oyó maullidos en la bici y vio su carita asomando de la cesta.

Nadine se divertía mucho con Martes. ¿Sería un bebé igual de divertido? Nunca había pensado en las alegrías que podría suponer. Sólo había considerado los aspectos relacionados con la responsabilidad.

Pero empezó a desear con impaciencia el día en que viera la primera sonrisa de su bebé y le viera dar sus primeros pasos. Las náuseas habían empezado a disminuir y se sentía mejor y más fuerte. Edna le había comentado que estaba muy bonita.

El cutis se le había aclarado y el pelo tenía más brillo, y todo eso se debía al bebé que estaba creciendo dentro de ella.

¿Pero dónde estaba el padre?

Después de la última visita, sólo podía deducir que había decidido dejarla sola. Quizás no confiara en sí mismo estando cerca de ella. ¿Pero por qué ni siquiera había llamado por teléfono? ¿Le habría sucedido algo? ¿Habría regresado Lisa?

Sintió un dolor en el pecho que casi la dejó sin respiración, lo que la hizo darse cuenta de lo mucho que le importaba Cameron. Naturalmente, si él y Lisa habían vuelto juntos, ella sería feliz por ellos... ¡Claro que sí!

Esa noche mucho más tarde, oyó su coche detenerse fuera, y supo, en cuanto le abrió la puerta, que algo iba mal.

Capítulo 5

CAMERON entró muy serio y se sentó en una silla. Parecía muy cansado y tenía ojeras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nadine nerviosa.

En silencio, él le dio un periódico. —Está todo ahí. En la página cuatro.

Nadine frunció el ceño y abrió la página. Tuvo que buscar un rato antes de encontrar lo que él quería, y al verlo, se le heló la sangre en las venas.

Esposa de Abogado Británico Muerta en el Sur de Francia.

—¿Lisa? —preguntó casi en un susurro mientras sus ojos leían el artículo, incapaz de asimilarlo.

Lisa, su amiga, había tenido un accidente en su coche, matándose ella y el hombre que la acompañaba.

—El pasado fin de semana —declaró Cameron inexpresivo—. Iba por encima del límite permitido. Los dos murieron al instante.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? –balbuceó Nadine conmocionada, pálida y con las manos temblorosas.

—Sabía que sería un golpe para ti. No era algo que quisiera contarte por teléfono.

Nadine no podía creerlo. ¿Lisa muerta?

—Yo acabo de regresar de Francia —Cameron se frotó la frente—. La identificación, organizar el funeral... Ella iba con un acompañante —dijo mirando a Nadine fijamente a los ojos.

Nadine tragó saliva cuando él se levantó y se acercó a ella, y de pronto se sintió tan culpable de haber ocultado la aventura de Lisa como si ella hubiera sido la infiel.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —murmuró Cameron.

—¿De... de qué hablas? —balbuceó Nadine temblorosa.

Cameron se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¿Qué estabas intentando hacer? —preguntó mirándola con dureza—. ¿No herir mis sentimientos? —se rió con amargura—. Había una carta en la habitación de Lisa... la que compartía con el hombre que iba con ella en el coche... Debió querer enviármela aquel día porque estaba cerrada y con sello. Prácticamente me pedía que me divorciara de ella. Imaginaba que yo ya sabía lo de su amigo Max por ti... Parece que te vio en el aparcamiento del polideportivo un día que estaba con él, y no supo con seguridad si tú la viste o no... hasta que yo le dije aquel mismo día más tarde que habías ido a verme para decirme que pensabas quedarte con el bebé. Parece que ella sumó dos

y dos, cosa que no supe hacer yo —dijo furioso y dolido—. Y no me dejó porque tú te fueras a quedar con el bebé. De hecho, en la carta decía que se sintió aliviada. La única razón por la que se marchó fue porque pensó que tú me lo habrías contado todo... Y estaba tan decidida a que yo le diera el divorcio que decía que si no se lo daba, lo conseguiría... acusándome de adulterio contigo.

Esas palabras fueron como un puñetazo. Nadine retrocedió un paso, como para disminuir el impacto.

—No —balbuceó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo podía hacerlo? —dijo sentándose en una silla, dejando ausente que el periódico cayera al suelo y sintiendo ganas de llorar—. No habría sido correcto... hacer algo que pudiera haber terminado destrozando vuestro matrimonio.

—¿Lo mantuviste en secreto por el bien de mi matrimonio? —preguntó Cameron perplejo.

—Sí —dijo ella muy despacio mientras martes subía a su regazo.

—Y por eso decidiste quedarte con el bebé —murmuró Cameron.

Nadine empezó a acariciar a la gatita inconscientemente.

—¿Habrías entregado tú a tu bebé en esas circunstancias?

Él la miró fijamente unos instantes.

—Es mi hijo —dijo despacio, girándose y acercándose a la ventana —. Debiste habérmelo contado.

Mirando su espalda rígida, Nadine pudo sentir su inmenso dolor.

Quería ir con él, consolarlo, abrazarlo y llorar con él. Pero no se atrevió. Él estaba sufriendo en privado por otra mujer. No importaba lo unida que Nadine estuviera a él por el bebé. Cameron seguía amando a Lisa, y nada podía alterar eso.

El funeral tuvo lugar varios días después, en un día frío en que no paró de llover.

Cameron quiso que fuera lo más íntimo posible, así que el grupo de personas reunidas en el cementerio fue pequeño. La madre de Lisa, que había bajado desde el norte con su nuevo marido, un par de familiares lejanos y una guapa morena.

Cameron pareció tomárselo todo con más calma de la que ella sentía. Para Nadine fue muy duro estar junto a la tumba de la mujer que había considerado su amiga.

Después, Cameron la llevó a su apartamento al verla tan débil y pálida. Pero necesitando algo que hacer, ella limpió el lugar para los siguientes inquilinos que llegarían a la semana siguiente y guardó el resto de sus pertenencias, de modo que estuvieron listas cuando Cameron regresó para volver a llevarla a la casa de campo al día

siguiente.

Ninguno de ellos habló mucho durante el trayecto y Cameron pareció muy distante.

—¿Dónde está Martes? —preguntó él cuando llegaron, mirando por el salón mientras Nadine encendía la estufa.

—La he dejado con Edna —dijo Nadine helada con la falda y blusa fina que llevaba, y notando lo grande y frío que parecía el lugar sin la gatita—. Prefería no dejarla sola mucho tiempo, ya que yo no sabría cuándo volvería. Iré a buscarla esta tarde dando un paseo.

—¿Por qué no pones la tetera? —sugirió Cameron suavemente—. Mientras, yo iré a buscarla. —¿En serio?

Esa sugerencia la animó un poco. Y quince minutos después, Cameron regresó con la gatita.

—Aquí tienes a tu mami —dijo dándosela a Nadine.

Más tarde, mientras ella le veía recoger unos libros y papeles que iba a llevarse a Londres, sintió que la fuerza de la soledad iba a superarla.

—¿Estás seguro de que no te quieres quedar a comer nada? —dijo intentando ocultar la desesperación en su voz.

—No. Ya tomaré algo por el camino si tengo hambre.

No necesitó decir nada más. Cameron quería estar solo con sus recuerdos de Lisa. El hecho de que Nadine estuviera llevando a su bebé era algo secundario.

—Claro.

Él se puso una cazadora porque empezaba a llover. Un rayo iluminó la habitación y luego siguieron los truenos.

—¿Estarás bien con la tormenta? —balbuceó Nadine.

Cameron se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—Mi querida Nadine. Si sigues así, empezaré a pensar que te preocupas por mí —le dio un beso en la frente—. Te llamaré —añadió suavemente.

Y entonces se marchó, dejando detrás su peculiar aroma y el sonido de la lluvia en el tejado.

Fue el sonido de su coche al marcharse lo que pudo con Nadine. Completamente sola, dejó de controlarse y empezó a llorar.

Cegada, se echó en el sofá con la cabeza entre los brazos y llorando desconsolada. Su angustia le parecía eterna y los espasmos sacudían su cuerpo. Pero en realidad lloraba más por sí misma que por otra cosa, por todo lo que había pasado durante los meses anteriores con su madre, por Lisa, por el desprecio de Cameron y su continua indiferencia hacia ella. Y entonces, entre los sonidos de la tormenta, le pareció oír otro ruido.

Con los ojos rojos y el pelo cayendo por su cara, levantó la cabeza y se giró, pensando que sería Martes. Sus sollozos fueron rotos por un jadeo de sorpresa al ver a Cameron de pie junto a la puerta.

Tenía el pelo alborotado por el viento y la cazadora mojada de la lluvia. Su expresión era una mezcla de sorpresa y dolorosa intensidad mientras miraba el rostro lleno de lágrimas de Nadine.

Y al instante siguiente, ella se encontró entre sus brazos, sollozando de alegría.

—Oh, bonita, no llores —dijo Cameron emocionado mientras le acariciaba el pelo y le besaba la mejilla, la barbilla, el cuello, las pestañas...

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás. Y de pronto, sus labios se unieron salvajes y Cameron le sujetó la cabeza, entrelazando los dedos en su pelo mientras sus besos desesperados la devoraban.

—Te necesito, Nadine. ¡Te necesito!

Sus palabras estaban impregnadas de agonía y deseo, y ella se apretó a él con la misma necesidad, clavando los dedos en sus hombros.

Él empezó a sacarle la blusa de la falda y sus manos encontraron la suave textura de su piel, incitándola a ella a tocarlo, a abrirle la cazadora, a tirar de su camisa y buscar su cuerpo caliente.

—Vamos a la cama —susurró Cameron con voz ronca.

Ella no podía hablar. Pero no hizo falta. Él la levantó en brazos y subió las escaleras. La dejó en la cama y se echó a su lado. Con hambrienta impaciencia, terminó de desnudarla mientras también se despojaba él de la ropa. Sus manos y labios reclamaron su cuerpo, haciéndola arquearse y deleitándose en esas manos que tanto había deseado.

—Tu cuerpo estás más suave... más redondeado —dijo poniendo la mano en el triángulo entre sus caderas—. Por mí...

Ella suspiró temblorosa al notar la profunda emoción en su voz y quiso gritar cuando Cameron inclinó la cabeza y besó el lugar donde estaba su mano. Quiso gritar que lo deseaba, que lo necesitaba... ¡Que lo amaba!

Ese fue el momento en que Nadine lo admitió, pero se lo guardó para sí misma, sollozando por el placer que le dio su boca en sus pechos.

Era sólo media tarde, pero la habitación estaba prácticamente a oscuras por la tormenta. Se oía la lluvia golpear contra la ventana, y se veían las luces de los rayos. Los gritos de dulce tortura de Nadine se perdieron en la tormenta.

Y entonces la tomó, con un fuerte empujón de su cuerpo mientras

ella se arqueaba para recibirlo, sollozando del placer que les engullía a los dos, de la violencia de su deseo que sólo fue aliviado por el fuerte orgasmo que les dejó saciados y agotados.

Pasado un rato, Cameron se levantó sin decir palabra y empezó a vestirse, haciendo que Nadine saliera del letargo.

—¿Te vas?

—Sí —dijo sin mirarla—. Sólo volví porque olvidé mi reloj. Lo siento. No debí haber permitido que esto sucediera. No fue mi intención.

Esas palabras fueron como una cuchillada en el corazón de Nadine.

Era normal que él se arrepintiera, porque realmente no la había deseado. Estaba sufriendo por la mujer que había amado y perdido a pesar de su infidelidad, y hacerle el amor a ella sólo había sido una liberación de ese dolor.

—No ha sido todo culpa tuya. No te sientas mal.

Los dos necesitábamos una vía de escape —dijo amargada, angustiada—. No ha significado nada... Él la miró.

—¿No?

—No —mintió Nadine, tapándose con el edredón.

—Por supuesto —dijo Cameron con un tono extraño, volviendo a la cama y sentándose—. Olvidé lo generosa que eres entregándote al hacer el amor. Haces que un hombre se olvide de todo y se pierda en tu precioso cuerpo. Gracias por eso, Nadine.

Se inclinó, le dio un beso en los labios y luego los acarició con su pulgar.

—¿Por qué está la boca de una mujer tan suave después de haber llorado?

Estaba tan cerca que Nadine sentía cómo su respiración acariciaba su pelo. Sintió que el deseo empezaba a cobrar vida en su cuerpo y supo que, si volvía a tocarla, sería un torrente y ella se perdería en su despiadado poder. Pero entonces, un sonido chirriante les hizo girarse hacia el armario y, al ver a Martes salir de debajo, se rieron sorprendidos.

—¡Estaba asustada por la tormenta! —exclamó Nadine—. ¡Oh, no!

La gatita saltó al tocador y tiró un jarrón de flores secas en su prisa por salir de la habitación.

—Creo que quien fuera antes su dueño le prohibiría estar en el dormitorio —comentó Cameron levantándose para recoger el jarrón y las flores.

—Puede que tengas razón —dijo Nadine buscando a tientas la bata que había dejado en la cama y poniéndosela.

Cameron bajó la mirada al jarrón en su mano.

—Me temo que está roto. Si quieres, te lo arreglaré, pero imagino que no quedará igual.

—No importa —dijo Nadine atándose la bata y levantándose—. Mételo en uno de los cajones.

—¿Qué es esto? —preguntó Cameron mientras ella se dirigía al cuarto de baño.

Lo miró. Había metido el jarrón en el cajón, pero estaba sacando otra cosa. Angustiada, Nadine supo lo que era. ¡La última factura que había recibido de la clínica de reposo! Había llegado el día que él le contó lo de la muerte de Lisa, y Nadine había olvidado que la había guardado ahí.

—Pensé que te dije que no....

Cameron estaba— mirando el papel en su mano con el ceño fruncido, y de pronto Nadine se dio cuenta de lo que estaba pensando. Pensaba que ella estaba recibiendo algún tipo de tratamiento que él desconocía, cuando había insistido en que él pagaría todos sus cuidados.

—¿Dawn Kendall? —añadió Cameron al rato—. ¿Tu madre?

La miró perplejo. Nadine supo que no podía seguir ocultándolo. Respiró profundamente y se lo explicó todo.

—Y mi madre no quería que nadie supiera lo enferma que estaba —añadió al terminar.

—¿Y te lo callaste? —dijo atónito—. Debe haberte costado una fortuna... —entonces se dio cuenta—. ¿Accediste a acostarte conmigo... a tener un bebé, para poder...? ¿Y por qué no me lo dijiste?

Nadine se sentó en la cama.

—¿Qué te iba a decir, que si podías darme dinero para pagar el hospital de mi madre? Tú no eras precisamente accesible. Además, mi amiga era Lisa, y ella no tenía ingresos propios, y aunque hubiera sido así, no podría haberle pedido el dinero...

—Pero pudiste contármelo después de que nosotros... —Cameron le alborotó el pelo a modo de reprimenda—. Una intimidad así debe inspirar confianza...

—¿Cómo? —Nadine levantó la barbilla—. Tú me intimidaste desde el principio, y pensé que si sabías lo enferma que estaba mi madre, intentarías usarlo contra mí. Además, aunque no le hubiera prometido a ella que no se lo diría a nadie y tú me hubieras dado el dinero, ¿cómo crees que se hubiera sentido sabiendo que estaba en el hospital por la caridad de algún extraño?

—Imagino que menos horrorizada que descubriendo cómo

consiguió su hija el dinero.

—No vas a decírselo —dijo Nadine aterrorizada mientras le veía meter la factura en el cajón—. No se lo dirás, ¿verdad? —balbuceó, incapaz de ocultar la súplica en su voz.

—¿No lo sabe aún? —preguntó Cameron atónito—. ¿No sabe nada del bebé?

—No.

—¿Y cuándo y qué vas a decirle? —No lo sé.

Nadine se levantó y se mordisqueó una uña. Cameron movió la cabeza con desaprobación.

—Eres buena mintiendo, ¿verdad?

—No lo soy —se defendió Nadie—. Se lo diré. —Mejor que sea pronto. No hacía falta que él se lo dijera. —Bueno —Cameron respiró profundamente—.

¿Hay algo más que me hayas ocultado, Nadine? Sólo que lo amaba... Nadine necesitó todas sus fuerzas para no decírselo. Sólo el ver su mirada de dolor y saber que él no sentía nada por ella la hicieron callar. Así que todo lo que hizo fue negar con la cabeza y marcharse al cuarto de baño.

Capítulo 6

DURANTE las semanas siguientes, la salud de Nadine se volvió resplandeciente. Se dio cuenta de que su embarazo se le empezaba a notar la mañana que tuvo que arreglar la cintura de sus pantalones favoritos para poder ponérselos.

Dawn Kendall le escribió para decirle que se sentía bien y volvía a su casa. Por tanto, el día que finalmente abandonó Brighton, Nadine llevó a Martes con Edna y subió en el primer tren de vuelta a Londres. Llamó a Cameron para contarle lo sucedido en cuanto su madre estuvo instalada.

—Mi madre ha vuelto a casa, así que me quedaré en Londres con ella unos días si... me necesitas para algo —dijo vacilante.

Sabía que, a pesar de la intimidad que habían compartido, él no le tenía afecto. Aunque sus visitas desde el funeral habían sido regulares, había notado cierta frialdad en él.

Por tanto se sorprendió ante su respuesta, aunque fuera medio en broma.

—Claro que te necesito, Nadine. ¿Cómo está tu madre? ¿Está bien para poder quedarse sola un rato?

—Sí. Sólo me quiero quedar para asegurarme de que no se exceda y trabaje demasiado.

—Bien. En ese caso, podrás venir a almorzar conmigo mañana. Y, Nadine...

—¿Sí?

—Intenta relajarte un poco. No sólo mientras estés haciendo de enfermera, sino también conmigo. Recuerda que vas a tener un bebé y estar nerviosa podría afectarle.

Cuando colgaron, Nadine se esforzó por no llorar. Él seguía pensando sólo en el bebé, y nada de lo que ella dijera podía conmoverle más allá de las fronteras de la pasión sexual.

Cameron la estaba esperando en las escaleras de su bufete cuando ella fue a buscarlo al día siguiente. Estaba muy elegante vestido con un traje oscuro, y emanaba seguridad.

Sonrió en cuanto la vio.

—Llegas tarde. Me estaba preocupando. ¿Has tenido problemas con los trenes?

—Sí —murmuró Nadine jadeante no sólo por haber corrido, sino por el fuerte impacto de su masculinidad.

Cameron le echó un brazo por los hombros mientras cruzaban la tranquila plaza hasta el restaurante.

—Esta tarde estoy libre —le dijo después de que terminaran de comer y él pagara la factura—. ¿Quieres ir a algún sitio en especial?

Ella negó con la cabeza y los dos salieron a la calle.

—Yo tengo un asunto que resolver, pero no tardaré. Luego te llevaré a casa.

Nadine empezó a protestar diciendo que no era necesario, pero él ya había detenido a un taxi. Además, conocía a Cameron y sabía que, cuando tomaba una decisión, no se le podía convencer de nada. Por tanto, permaneció en silencio, pero expresó su sorpresa cuando él la ayudó a salir del taxi a la entrada de un taller.

—¿Has tenido algún problema con tu coche? —No exactamente — fue todo lo que respondió, acercándose a un mecánico.

—Soy Hunter. Me llamaron antes por lo del coche.

El hombre asintió y desapareció, volviendo a aparecer en un pequeño coche plateado. Salió y le dio las llaves a Cameron.

—Son tuyas —dijo dándoselas a Nadine—. Pero no sobrepases el límite de velocidad y no lo dejes abierto hasta que lo hayamos puesto a tu nombre, o yo podría perder mi bonificación del seguro, y tendría que darte unos azotes en el trasero.

Ella lo miró perpleja.

—No... no puedo —balbuceó.

—Puedes y lo harás. ¿De qué tienes miedo? ¿De estar más comprometida a mí, Nadine? Me temo que tomaste esa decisión hace tiempo. Toma —le puso las llaves en la mano—. Entra y familiarízate con él mientras yo arreglo los papeles. Luego, podrás llevarme a casa de tu madre y desde allí volveré en taxi.

Era inútil protestar, así que Nadine se metió en el coche. No estaba recién salido de la fábrica pero la tapicería olía a nueva. Respiró emocionada. No había conducido desde que aprobó el examen de conducir.

—Bueno, ¿estás lista?

¿Lo estaba? Nadine metió la llave en el contacto, notando lo grande que parecía Cameron al entrar en el pequeño vehículo.

—Podrías dar antes una vuelta por Somerset. Así te entrenarías un poco.

—Me haces sonar como si fuera un caballo —Nadine sonrió.

—Hay ciertos parecidos.

Ella lo miró de reojo.

—¿Como qué?

—Hay que darte de comer y taparte por la noche —Cameron bajó la mirada por su blusón y falda a juego—. Y tienes unas piernas fantásticas.

—¡Gracias! —ella se rió con ironía.

—Y ahora concéntrate en lo que estás haciendo —le aconsejó Cameron mientras ella salía del taller al tráfico.

Si quería demostrarle que era una buena conductora, también quería demostrárselo a sí misma. Y de hecho lo hizo muy bien y con cuidado.

—¿Sabe tu madre ya lo del embarazo?

Esa repentina pregunta la sobresaltó, y tuvo que frenar bruscamente para no chocar con el coche que tenía delante.

—¡Ten cuidado, por Dios! —exclamó Cameron—. ¿Y bien?

—No.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que aún no se lo he dicho.

—¿Por qué? Creo que los tres deberíamos tener una pequeña conversación esta tarde.

—¡No! —Nadine lo miró aterrorizada, y se le pusieron los nudillos blancos de la fuerza con la que sujetó el volante—. ¡Hoy no!

—Tienes que ser sensata —dijo Cameron con determinación—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dejarlo hasta que se note? Ella no es estúpida y se dará cuenta, y muy pronto por el modo en que está ensanchando tu cintura.

—De acuerdo —Nadine respiró profundamente y apretó los dientes —. ¡Pero no puedes decirle que es tuyo!

—¿Por qué no? ¿Qué piensas contarle exactamente? ¿Que vas a tener un bebé pero no conoces al padre? —dijo furioso—. No permitiré que deshonres así al bebé igual que yo no negaré la paternidad.

—¡Tendrás que hacerlo! —exclamó ella horrorizada.

—No. No te obligaré a contar los términos que llevaron a que se concibiera ese bebé, pero de ningún modo permitiré que digas que ese niño no es mío.

Nadine tragó saliva y se mordió el labio inferior.

—Ella pensará… todo el mundo pensará que he tenido una aventura contigo —susurró angustiada.

—Será la deducción más normal. O eso o contarle la verdad. Y creo que lo primero es lo menos duro.

Tenía razón. Si ella le contaba a alguien que había concebido ese bebé por dinero, pensaría fatal de ella, y su madre moriría de dolor.

—De acuerdo —dijo Nadine dándose por vencida—. Pero en este momento no está muy fuerte. Deja que se lo diga yo. Es mi obligación y debí hacerlo mucho antes.

Y así fue. Lo peor había pasado. Nadine estaba sentada junto a la cama donde Dawn Kendall se había retirado a descansar antes de que ellos llegaran. Y había sido mucho más fácil porque Cameron había insistido en estar presente, y también porque cuando ella escribió a su madre hablándole del accidente de Lisa unas semanas antes, algo le impulsó a contarle que Lisa y Cameron rompieron antes del suceso.

—¿Por qué no me lo dijiste? —había preguntado su madre, que al principio se sorprendió y lloró un poco.

—Ya lo sabes —dijo Nadine suavemente.

Dawn Kendall miró confundida a Cameron.

—No, Nadine no me lo dijo —le aseguró Cameron suavemente—. Yo me enteré de su enfermedad por accidente, pero ella no rompió su promesa. También siento que tenga que enterarse así, y sé cómo debe parecer todo. Pero Lisa y yo ya teníamos serios problemas antes de que esto sucediera, y debe saber que la ruptura de mi matrimonio no tiene nada que ver con lo que siento por Nadine.

¡Con qué facilidad lo decía! ¡Él no sentía nada por ella! Vio cómo calmaba a su madre con su fuerte personalidad Dawn Kendall se relajó poco a poco bajo su irresistible encanto masculino.

—Y también debe saber, señora Kendall, que tengo la intención de casarme con Nadine antes de que nazca el bebé.

Nadine lo miró rápidamente, sorprendida. Pero Cameron siguió sonriendo a su madre.

—Me has ocultado mucho, ¿verdad, hija? —dijo suavemente Dawn Kendall sonriendo también y con los ojos llenos de lágrimas.

¿Cómo se había atrevido Cameron a decirle eso? Nadine se indignó. Y cuando bajaron al salón dejando a su madre en su dormitorio, ella se giró furiosa hacia él.

—¿Quién te crees que eres… haciendo creer a mi madre que vamos a casarnos? ¿Por qué has tenido que decirle eso?

—Porque es cierto.

La firmeza de sus palabras la dejó boquiabierta unos instantes.

—¿Y no crees que yo tengo derecho a opinar sobre el tema?

—Si te importa algo el bebé, dirás que sí.

¿Cómo podía acceder a casarse con él sabiendo que no la amaba?

—¡Claro que me importa! ¡Pero ésa no es la cuestión! No quiero casarme contigo. Dame una razón por la que deba hacerlo.

—¡Yo creía que el bebé era razón suficiente! —exclamó él incrédulo.

Claro, era normal que él dijera eso. Porque él no sentía sus miedos y recuerdos amargos de su propia infancia.

—No quiero hacerlo —dijo decidida.
—¿Por qué no?
—Porque... porque no te amo... —balbuceó, sin mirarlo al decirlo.
—Eso es todo lo que tú quieres, ¿verdad? —dijo él furioso levantándole la cara—. A mí no me importa lo que sientas por mí. Sólo pienso en el bebé, y no quiero que nazca ilegítimo.
—Hoy en día eso no importa. Muchos niños están mejor con padres solteros que con dos que estén continuamente peleándose. Lo sé perfectamente. De hecho yo lo habría preferido.
—Es posible. Pero nuestro hijo no será uno de ellos. Si yo empiezo a pegarte, entonces podrás divorciarte de mí, pero no creo que eso suceda. Y nuestro matrimonio difícilmente se iría abajo. Después de todo, no estaría complicado por el amor, ¿verdad?
Cameron no podría haberle hecho más daño si hubiera usado la violencia física. Nadine bajó la mirada para que él no pudiera ver su expresión herida.
—Tú me deseas, Nadine —dijo suavemente—. Al menos tenemos eso en común —la besó suavemente y se apartó para ir al teléfono y llamar a un taxi—. Piénsalo. Estoy seguro de que verás que es la mejor solución.
Tres semanas más tarde, Nadine volvió a la casa de campo. Edna había llegado antes con Martes para limpiarlo todo.
—No debía haber limpiado tanto —le dijo Nadine.
—Bueno, usted es quien no debe hacerlo —dijo sonriendo—. No ahora. Yo tengo tres. Estaría ciega si no hubiera reconocido los indicios. Y puedo decirle que es el único modo de conseguir que un hombre la mime. Así que aprovéchese.
Nadine se rió y se relajó. Era normal que Edna lo hubiera notado. Un hombre no pasaría mucho tiempo con su inquilina embarazada si él no fuera el padre. También sabía que Edna no cotillearía con nadie del pueblo.
Ese fin de semana, Cameron fue a verla y la ayudó a recoger las manzanas del huerto que habían caído durante unos días de bastante viento.
—Si quieres podríamos convertir este lugar en nuestra casita de fin se semana —dijo Cameron mientras entraban en la cocina, que aún olía al pan que ella había hecho antes—. Podríamos ampliar también la cocina. Sólo di que te casarás conmigo y empezaremos con las obras.
Nadine se puso rígida y dejó la bolsa de manzanas en la mesa.
—Cameron, ya te he dicho que... ¡Ohhh!
Una extraña sensación en su tripa le hizo ponerse la mano.

—¿Qué ocurre?

Cameron pareció muy preocupado. Una sonrisa apareció en los labios de Nadine.

—Se ha movido —dijo sin ocultar su felicidad—. El bebé se ha movido. Llevó todo el día con sensaciones raras en la barriga. ¡Pero es el bebé!

El rostro de Cameron se suavizó. Se acercó a ella y le puso un brazo en los hombros y la otra mano en la barriga. Sus dedos eran fuertes y suaves al mismo tiempo, y sus caricias resultaron muy placenteras para Nadine.

—Ahora no se mueve —declaró Nadine con voz emocionada, aguantando la respiración cuando Cameron inclinó la cabeza y suavemente le dio un beso en los labios.

—Entonces tendremos que quedarnos aquí hasta que lo haga —murmuró él contra su boca.

La química entre ellos era demasiado fuerte como para permitirse demasiados juegos. De pronto, él la echó de espaldas sobre la mesa de pino, haciendo que la fruta cayera al suelo.

Nadine se agarró de sus hombros, aceptando la dominación de su peso, su fuerza superior, la intensidad devoradora de su boca.

Los labios de Cameron bajaron por su cuello. Le abrió la blusa y le apartó el sujetador para acariciar sus pechos. Nadine creyó morir de placer cuando su boca encontró el pezón caliente y duro.

Y cuando ella levantó las caderas provocadora, incapaz de contener la necesidad que la sacudía, Cameron se apartó de ella.

—No —dijo con firmeza—. No quiero ratos de placer contigo a escondidas como dos adolescentes. Cuando volvamos a hacer el amor, será en el lugar apropiado, en nuestra propia cama, como una respetable pareja casada.

Con un gemido de frustración, Nadine cerró los ojos, intentando no pensar en las imágenes que evocaron sus palabras. ¡Sonaba maravilloso! Pero semejante placer físico necesitaba del amor para que fuera algo valioso, y aunque ella podría hacer un compromiso semejante, sabía que él no.

Pero Cameron cada vez estaba presionando más. Ella sabía que no era bueno permitir que un niño naciera en un matrimonio sin amor.

Y a medida que pasaban los días y el bebé seguía creciendo, apareció otra fuerza de presión. Dawn Kendall.

La idea de tener un nieto de algún modo aceleró su recuperación, dándole nuevas esperanzas, y Nadine también sabía que estaba deseando verla casada.

—Lo último que esperaba era ser abuela —le dijo la siguiente vez

que Nadine fue a verla a Londres—. Pero seré feliz cuando pueda decir que también tengo un yerno.

Nadine se rió incómoda y cambió rápidamente de tema. ¿Cómo podía decirle a su madre que no se iba a casar con Cameron? Porque si se lo decía, tendría que explicarle la razón: que él no la amaba.

—Tú sólo piensa en seguir curándote —le dijo antes de marcharse.

Pero la continua presión para que se casara por parte del propio Cameron, de su madre, y sus propios deseos de hacer lo mejor para el bebé la pusieron irritable y nerviosa.

Por esa razón, después de hacer unas compras, torció en una calle y se chocó con alguien.

—¡Nadine!

—¿Larry?

Apenas lo reconoció. Tenía el pelo largo recogido en una coleta, y un jersey y vaqueros viejos y rotos.

Cameron tenía razón. Larry se había rebelado contra todos los principios de su padre y contra la sociedad conservadora. Pero a ella le encantó volver a verlo.

—¿Tomarnos un café? —sugirió Larry.

Ella aceptó y fueron a una pequeña cafetería en Regent Street. Larry le contó lo que estaba haciendo.

—Estoy pintando... ¡cuadros, no casas! —se rió—.

Estamos viviendo unos cuantos en un viejo granero que estamos renovando. Supongo que no sirve de nada preguntarte si te quieres unir a nosotros.

¿En una comuna? Nadine se rió.

—Me encantaría... pero tengo alergia a las renovaciones.

—Pensé que sería esperar demasiado —Larry le guiñó un ojo—. Imagino que pensarás, como todo el mundo, que estoy desperdiciando mi educación —añadió más serio—. Pero tenía que abandonar la abogacía. No era para mí. Siento haberme marchado como lo hice, sin una palabra, pero me sentía demasiado confundido en aquel momento. ¿Y qué has estado haciendo tú? Si no te importa que te lo diga, has engordado un poco. Pero me gusta. Te sienta bien.

Nadine se rió. ¡Larry no se había dado cuenta!

—Pero hay algo en lo que no has cambiado —añadió él divertido, bajando la mirada a su taza—. Aún no he conocido a nadie que beba tanto té como tú.

Ella volvió a reírse.

—Mi madre dice lo mismo.

Se sentía más feliz que desde hacía semanas. Era estupendo fingir que todo era igual que antes de que se quedara embarazada, y olvidar,

por un rato, los problemas que tenía.

—¿Ves a alguien del antiguo trabajo? —le preguntó Larry cuando ella le dijo que vivía y trabajaba fuera de Londres.

Ella negó con la cabeza y, tras un rato de charla, miró su reloj

—¡Tengo que irme! —exclamó, recordando que había quedado con Cameron en su oficina—. Tengo prisa —añadió cuando salieron a la calle—. Me ha encantado volver a verte.

—A mí también —dijo Larry ausente mirando con el ceño fruncido el jersey largo que llevaba Nadine sobre la falda—. Por el amor de Dios, dame un puñetazo si me estoy pasando… ¿Estás embarazada?

Ella se rió al ver el gesto de sorpresa en su cara. Impulsivamente, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Es de beber tanto té —bromeó—. Has dado en el clavo… pero no te diré nada más.

Él quería preguntarle más. Nadine vio la curiosidad en sus ojos. Pero Larry respetaba demasiado su intimidad como para insistir. Y pillándola totalmente desprevenida, la abrazó y la besó en los labios.

Ella seguía riéndose cuando le vio marcharse entre el gentío. Y dándose media vuelta, con una sonrisa de oreja a oreja, se encontró directamente con Cameron.

Capítulo 7

BIEN, BIEN. ¿Así que te referías a esto cuando dijiste que ibas a visitar a tu madre? —dijo Cameron con frialdad—. No me extraña que te inventaras una excusa para no venir a comer conmigo. ¡Estabas muy ocupada viendo a ese inútil de Lawson!

—¡No es verdad!

—¿No?

—¡No! He estado con mi madre. Y no me pareció justo marcharme tan pronto para comer.

Cameron la miró con escepticismo.

—Pero no tuviste escrúpulos para quedar con Larry en cuanto cumpliste con tu obligación.

—¡No quedé con él! ¡Y no considero ver a mi madre una «obligación»! —gritó herida.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Cameron clavándole los dedos en el brazo mientras la acercaba a él—. ¿Por eso lo estabas besando?

—¡Yo no lo estaba besando! ¡Me estaba besando él a mí!

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Cameron con dureza—. Fuera como fuera, tú parecías estar disfrutando.

—¡Oh, claro! Me entusiasma estar embarazada y tontear con otros hombres.

—¡Eso parece!

—¡Será para ti! Si no supiera que eres un hombre sin sentimientos, habría pensado que estabas celoso...

Ella no había pretendido decir eso, y al instante lo miró, confundida. ¿Sería eso o sólo su ego herido al verla en brazos de otro hombre el que le había puesto esa expresión asesina?

—No digas nada más —le advirtió Cameron con los dientes apretados, sujetándola con fuerza y parando un taxi—. Arreglaremos esto en privado sin que se entere todo el mundo de nuestros asuntos.

Y «privado» significó en la magnífica y lujosa casa de Londres que él había compartido con Lisa.

—Bien —dijo Cameron cerrando la puerta cuando llegaron—. ¡Y ahora será mejor que me expliques qué creías que estabas haciendo tonteando con ese... rebelde estúpido!

—¡No estaba tonteando con él! ¡Y no es estúpido!

—¡Eso es discutible! —gritó Cameron. Una vena se le hinchó en el cuello—. Ya veo cómo le defiendes, Nadine. ¿Te importaría explicarme la razón? ¿No será porque tu relación con él era algo más

que puramente profesional? ¿No lo besabas por eso?

—¡Ya te he dicho que me estaba besando él a mí!

—¿Cuál es la diferencia? ¡Como también te he dicho, parecías estar disfrutando!

—¡Así es! ¡Disfruté! —replicó Nadine cuando vio que él no iba a razonar—. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¡Tú no eres mi dueño! —Nadine entró en el elegante salón y él la siguió—. ¡Tengo derecho a besar a quien yo quiera!

—¡Mientras estés embarazada de mi hijo no! —gritó él furioso—. Si no lo estuvieras, sería distinto.

Así que eso era todo lo que le importaba. Durante un momento había esperado que Cameron hubiera sentido celos, algo que le diera la esperanza de que ella le importaba. Pero no había nada. Con el corazón desgarrado, Nadine apoyó las manos en la repisa de la chimenea para no perder el equilibrio. Nunca podría casarse con él. Pero entonces vio que, sin darse cuenta, Cameron le había dado una salida.

—El bebé es lo único que te preocupa, ¿verdad? ¿Pero qué te hace estar tan seguro de que es tuyo?

Nadine vio su reflejo en el espejo sobre la chimenea. Durante un momento, él frunció el ceño. Luego se rió con dureza.

—¡Oh, vamos, Nadine! Los dos sabemos que yo fui el primero. Eras virgen —dijo satisfecho al recordárselo.

—Sí. ¡Pero no lo era la mañana después! —declaró temblorosa y girando para mirarlo.

—¿Dónde quieres llegar? —preguntó él con frialdad.

Nadine tragó saliva, odiándose a sí misma. Pero tenía que seguir por ese camino por el bien de todos.

—Eres bastante lento, Cameron. Después de aquella maravillosa iniciación, ¿qué razones había para que yo siguiera esperando? Lisa y tú queríais un bebé... y yo el dinero. Y cuantas más oportunidades tuviera de quedarme embarazada, mucho mejor.

Nadine soltó un gritito cuando él levantó el brazo. Nunca supo cuánta fuerza necesitó para no pegarla. Sólo vio la rabia en su rostro cuando su mano se cerró cruelmente sobre su pelo, echándole la cabeza hacia atrás.

—¡Zorra!

Entonces se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Él la estaba mirando con odio, algo que ella no podía soportar.

—¡No lo soy! ¡No es verdad! Por favor, Cameron, me estás haciendo daño. ¡Te prometo que no es verdad!

—¿No? —él la miró con desprecio—. Habría sido un buen plan.

Acostarte con un hombre por dinero para estar con otro que no quiere trabajar. Pero te conozco bien y sé que no eres tan corrupta. La verdad es que dirías cualquier cosa para que yo saliera de tu vida, ¿verdad, Nadine? ¿No ha sido esto un último esfuerzo para evitar lo inevitable… evitar lo más correcto?

—Casarme contigo nunca sería correcto —murmuró ella muy despacio mirándolo a los ojos.

Cameron la giró hacia él.

—No quería ser duro contigo, Nadine. Pero no me das otra opción. Si te niegas a poner al bebé por delante, a ayudarme a darle un futuro estable y seguro, te aviso, que por mucho que aplauda tus razones para concebir al bebé en primer lugar, lucharé contra ti para asegurarme de que el pequeño tiene todas las oportunidades en la vida. Lucharé, aunque me lleve toda la vida, para conseguir el control absoluto.

—¡Nunca ganarías! —gritó Nadine aterrorizada—. Lo admitiste hace meses. Las madres de alquiler no tienen ningún deber legal de entregar a sus hijos si deciden no hacerlo.

—Normalmente no. Pero se han dado algunas excepciones. Y la concepción de nuestro hijo difiere completamente de los métodos artificiales que se utilizan en la mayoría de los casos. Nosotros hemos tenido una relación, Nadine. Eso me pone en mejor posición con respecto a mis derechos hacia el niño. Y gane o pierda, no creo que sea justo someter a tu madre al claro dolor que una batalla como la nuestra le causaría, aparte de enterarse de la razón por la que fue concebido el bebé. Porque por mucho que yo entienda que quieras ocultarle la verdad, todo saldría a la luz, Nadine. Eso no puedo evitarlo.

—¿Y realmente seguirías adelante? —susurró paralizada—. ¿Sabiendo lo que eso podría hacerle a mi madre?

Él no respondió, pero apretó la boca con determinación.

—¡Eres un canalla sin escrúpulos! —dijo Nadine con lágrimas en los ojos—. Realmente sabes aprovecharte de las debilidades de las personas, ¿verdad? ¿Y qué te hace pensar que tú estarías en mejor posición que yo para conseguir la custodia? Seguirías siendo un padre viudo.

—Excepto que estaría dispuesto a casarme… por el bien de mi hijo.

—Tienes todas las respuestas, ¿verdad? —dijo temblorosa—. Esos pobres diablos que se enfrentan a ti en un juicio realmente no tienen ninguna oportunidad, ¿me equivoco?

Cameron se encogió de hombros.

—Sólo si tienen un caso lo suficiente fuerte como para soportar la

presión.

—¿Y yo no lo tengo?

—Sabes que no.

Nadine no sabía con seguridad si él cumpliría su amenaza, pero no podía arriesgarse. El recuerdo de haber sido hijo ilegítimo era para él demasiado doloroso como para que viera a su hijo sufrir del mismo modo.

—Eres despreciable —le acusó con los hombros hundidos.

—¿Por qué no me dices simplemente que me odias? Después de todo, es lo que piensas, ¿no?

Nadine se estremeció.

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

La mirada que le dirigió Cameron fue la de un animal salvaje herido.

—A veces el odio puede ser un afrodisíaco tan fuerte como el amor —dijo inexpresivo.

Y entonces la besó con violencia, y durante un momento, ella no pudo respirar, sólo sentir su poder y dominio.

—Al menos tenemos esto en común —declaró soltándola—. ¿Entonces por qué no creamos un matrimonio donde los dos disfrutemos en lugar de una situación donde uno de los dos piense que ha entrado para sufrir?

—¿Y darte completamente la victoria? —preguntó Nadine con amargura.

—¿Es así como lo ves?

¡No! Nadine veía un matrimonio en el que ella lo amaría. ¡Pero él a ella no! Aunque no podía decírselo.

—Que así sea —dijo Cameron.

Se casaron en un juzgado tres semanas más tarde. Sólo asistieron Simon Braith, Molly y Dawn Kendall.

Nadine llevaba un vestido color crema y una americana larga y suelta. Estuvo de pie como una estatua, muy bella y pálida, con el pelo recogido elegantemente, posando para los fotógrafos con Cameron bajo el frío sol de noviembre.

Y cuando él la besó, demostró posesión más que afecto real.

Una tosecilla finalmente le forzó a soltarla.

—Tranquilo, Cam —dijo la guapa morena que Nadine había visto en el funeral de Lisa, mirándola con gesto burlón—. Ya sabes que no a todas las mujeres les gustan semejantes demostraciones en público.

Por ese comentario, Nadine imaginó que esa mujer habría

experimentado la misma situación de total rendición... y con Cameron. Le alivió darse cuenta de que nadie les había visto. El fotógrafo estaba guardando su equipo en el coche, y Dawn, con mejor aspecto que en muchos años, estaba hablando con Molly. Simon estaba con ellas.

—Rachael —con impecable cortesía, Cameron saludó a la recién llegada, presentándosela a Nadine como Rachael Hampshire, prima segunda de Lisa.

¿Y no le molestaba a Cameron tener a un familiar de Lisa en la boda? ¿O su sonrisa civilizaba ocultaba su disgusto?

—Estás preciosa —le dijo Rachael efusivamente a Nadine.

Aunque la figura esbelta de Rachael, realzada con un traje rojo y su pelo liso y negro, le daban una elegancia de la que Nadine estaba segura que carecía, embarazada de cinco meses y medio.

—No esperaba verte aquí, Rachael.

—Sé que no me has invitado, Cam —dijo la joven sonriente—, pero pensé que necesitarías apoyo familiar en un día tan especial como éste. ¿Pensabas que yo me disgustaría? ¿O que no entendería que te casaras tan pronto después de...?

Ya fuera por la mirada dura de Cameron o por su propia integridad, el hecho fue que ella no siguió con la frase.

—No debiste haber mantenido tu relación tan en secreto —añadió Rachael—. Nadie habría esperado otra cosa... —miró la figura de Nadine—, dadas las circunstancias.

—No es asunto de nadie —replicó Cameron con agresividad.

—Claro que no —Rachael soltó una risita sensual, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios al novio—. No te importa, ¿verdad? —le preguntó a Nadine.

—Claro que no.

¿Entonces por qué Nadine estaba hirviendo por dentro? ¿Era porque Rachael era deslumbrante y atractiva... y tan delgada? Le alegró la distracción cuando Simon se acercó a ellos y con caballerosidad y cortesía preguntó si podía besar a la novia.

Cameron le dio permiso riéndose y Simon besó a Nadine en la mejilla. Luego la apartó a un lado.

—Hazle feliz, Nadine.

Ella frunció el ceño, notando la profundidad en su voz. Entonces, se acercaron Dawn y Molly para felicitarles, sacando a Nadine de sus pensamientos. Pero no puedo evitar fijarse en Cameron hablando íntimamente con Rachael antes de que el coche nupcial apareciera para llevarse a los novios.

La luna de miel consistió en diez días cálidos y tranquilos en las Islas Canarias, que fue un agradable contraste con el frío de Inglaterra en noviembre. Diez días en los que Nadine casi olvidó que su matrimonio era simplemente por necesidad, ya que descubrió que Cameron podía ser no sólo sorprendentemente romántico, sino también divertido.

—¡Anoche bailamos mucho! —protestó Nadine una mañana al despertarse y encontrarle vestido, listo para nadar y animándola a levantarse.

—Pensé que te traje pronto a la cama —replicó, sonriendo con sensualidad y haciéndola recordar las horas apasionadas que ella pasó en sus brazos después—. Bueno, ¿vas a levantarte o… ?

—¡De acuerdo! —dándose cuenta de que iba a empezar a hacerle cosquillas en los pies, Nadine se levantó del un salto—. No me dejarás sola ni un momento, ¿verdad? —replicó, incapaz de dejar de reír mientras lo decía, ya que él estaba intentando agarrarla.

Al fin lo consiguió y la besó con pasión.

—Ahora ve a ponerte el bañador antes de que terminemos de nuevo en la cama. Por mí, no hay problema, pero hay otro tipo de ejercicio que también es importante para ti, señora Hunter.

Así que fueron a nadar. Por la noche cenaron a la luz de las velas y dieron un paseo por la playa tomados de la mano. Estaban adoptando la fachada de ser felices porque las circunstancias les habían forzado.

Cada acto era un preludio de lo único que no requería fingir entre ellos; su increíble compatibilidad en la cama.

Cuando regresaron a Londres, ya era diciembre, y, antes de que Nadine se diera cuenta, llegó Navidad.

Dawn Kendall fue a verlos esas vacaciones, que para alivio de Nadine, pasaron en la casa de campo. La insistencia de Cameron para que ella vendiera su apartamento y vivieran en lo que siempre había sido la casa de Londres de Lisa, no le hacía a ella mucha ilusión, aunque no lo había dicho. En la casa de campo, no había nada que le recordara los momentos felices que él debió haber compartido con Lisa ni que la hiciera sentirse como una intrusa. Por tanto, la Navidad fue especialmente agradable, ya que Dawn se quedó casi hasta Año Nuevo.

—No me esperes levantada —le dijo Cameron a Nadine con firmeza la noche que él iba a llevar a su madre de vuelta.

—Realmente tiene mano dura contigo, ¿verdad? —comentó Dawn Kendall cuando él se fue a arrancar el coche.

—Lo intenta, pero no siempre lo consigue —sonrió Nadine.

—Deberías hacerle caso —dijo su madre—. Especialmente en lo

referente a tu salud. Para empezar, es mayor que tú y tiene más experiencia. Me gusta mucho más que te hayas casado con él que con un joven de tu edad.

—¡Haces que suene como si yo fuera una niña! —se rió Nadine—. ¡No sabía que tú quisieras para mí un segundo padre!

—Él tiene más control sobre ti del que tenía tu padre, hija. Y desde luego está muy lejos de ser una figura paternal. Además, cualquiera puede ver lo importante que eres para él, con todo el cuidado y protección que te prodiga.

Nadine suspiró. Era sólo por el bebé, pero no lo dijo. No quería que su madre notara que ella no era completamente feliz y que su matrimonio no era como parecía.

Cuando Cameron y ella se marcharon, Nadine les echó mucho de menos. Encendió la calefacción ya que la noche se había vuelto muy fría y se puso a ver un programa especial de Navidad en la televisión mientras Martes se acurrucaba en su regazo.

Ignorando las órdenes de Cameron, le esperó levantada, en parte por desafiarle y también porque quería asegurarse de que volvía sin problemas. Pero mientras cosía botones a los patucos que había hecho su madre en las vacaciones, empezó a quedarse dormida, por lo que finalmente, se fue a la cama.

Pero una vez allí no pudo dormir. El bebé no dejó de moverse y tampoco ayudó el hecho de que pasaran las horas y Cameron no apareciera.

¿Dónde estaría? ¿Por qué no había vuelto?

Estaba muy preocupada. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, pero milagrosamente, de algún modo se quedó dormida.

Cuando se despertó, vio que Cameron no había vuelto. Bajó de la cama y al abrir las cortinas vio que todo estaba nevado. El coche de Cameron no estaba fuera. Había huellas en la nieve que llevaban a la puerta, e imaginó que serían del cartero o del lechero. ¿Pero dónde estaba Cameron? ¿Por qué no había llamado?

Muy preocupada, intentó llamar a su madre, pero descubrió que no había línea. La nevada debía de haber derribado los cables.

Y entonces lo oyó. El chirrido de metal contra piedra fuera, en algún lugar.

Se puso unos pantalones y un jersey grueso y bajó a investigar, sintiendo un gran alivio al abrir la puerta trasera.

Cameron estaba quitando nieve de delante de la puerta.

—Buenos días —Cameron levantó la mirada y la miró—. Bienvenida al Polo Norte.

—¿Y tú eres Santa Claus? —preguntó Nadine con cinismo por lo

preocupada que había estado—. No he visto tu coche fuera. Pensaba que no habías vuelto a casa.

—No lo hice —dijo trabajando con la pala y haciendo un montón de nieve a un lado—. Al menos no anoche. Cuando llegué a Bath, la ventisca de nieve era tan fuerte que decidí quedarme en un hotel. Intenté llamarte pero no había línea. La autopista principal estaba bien, pero las carreteras secundarias no. Tuve que dejar el coche en el pueblo y venir andando.

—Estaba muy preocupada.

¡Maldición! ¿Por qué había dicho eso?

—No te preocupes. No tengo la intención de dejarte viuda. ¿Qué habrías hecho si no hubiera vuelto? ¿Enviar una expedición a buscarme o dar las gracias?

Él podría estar bromeando, pero no había risa en su expresión. De hecho, Nadine sintió cierta vulnerabilidad.

—Nunca lo sabrás, ¿verdad? —le dijo antes de entrar a preparar té.

Esa tarde fueron a dar un paseo enfundados en anoraks, botas y guantes.

—Ten cuidado y dame la mano —le dijo Cameron cuando ella se resbaló un poco—. Pareces cansada—añadió mirándole la cara—. ¿Me esperaste despierta anoche?

—No. Pero no podía dormir. —¿Echándome de menos? Nadine se ruborizó. —No. Sólo tenía frío. —A eso me refería.

Nadine intentó ignorar el modo en que le excitaron sus palabras.

—Además, el bebé no dejó de moverse. Cameron se rió.

—Una señal de que mi hijo está sano y fuerte.

¿No se supone que las mujeres embarazadas se levantan en medio de la noche y empiezan a decorar la casa o algo parecido? Podrías haber intentado contar ovejas o pensar en el nombre. ¿Aún no te has decidido?

—No. De todos modos, tampoco tú has encontrado ninguno.

Cameron se encogió de hombros. —Supongo que depende del día que nazca.

—¿Por qué?

Él sonrió.

—Ya tenemos a Martes.

—¡Idiota! —Nadine le dio un empujón juguetón con la cadera.

—De todos modos recuerda que tiene que ser un nombre de niño.

—¿Oh, sí? ¿Cómo estás tan seguro? Podría ser una niña.

—Tú vas a darme un niño. Las niñas llegarán luego. Pero en primer lugar, un hombre necesita un heredero para seguir con su apellido.

—Machista.

La risa de Cameron cuando ella se apartó, le dijo que estaba bromeando. De todos modos, encontró gran placer haciendo una bola de nieve y tirándosela. Él intentó agacharse, pero le dio en la frente, llenándole todo el pelo y el anorak.

—Quieres jugar, ¿eh? —dijo divertido.

—¡No!

Nadine no pudo esquivar su tiro, que aterrizó exactamente en su trasero.

—¡No es justo! ¡Tú lanzas con más fuerza que yo! —gritó alejándose cada vez más y haciendo otra bola.

—No sólo lanzo más fuerte, ¡sino que también corro más deprisa!

Nadine soltó un grito al verle correr hacia ella, pero la nieve era demasiado profunda para que ella escapara, y soltó otro grito cuando la alcanzó. No dejó de gritar cuando él la abrazó, pero entonces, le metió una bola bajo el jersey.

Entonces, Cameron recogió nieve de la rama de un árbol sin soltar a Nadine, con la intención de hacerle lo mismo.

—¡No, Cameron! ¡Por favor! ¡Estoy embarazada!

—¿En serio? Nunca lo habría notado —se rió Cameron mientras ella no dejaba de protestar—. De acuerdo. ¿Qué obtengo a cambio?

—¿Una esposa amable?

—Mmm... Eso suena prometedor.

—¡No me refería a eso!

—Entonces, intenta detenerme —dijo Cameron inclinando la cabeza.

Si hubiera podido, Nadine lo habría hecho, pero cuando él la besó, el deseo surgió con fuerza en su interior.

Le echó los brazos al cuello y él la abrazó con fuerza.

—¡Oh, Nadine! ¿Qué me haces? —gimió Cameron con la voz ronca, metiendo las manos bajo su jersey—. Dios mío, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Días. Nadine vio que estaba tan necesitado como ella, ya que habían tenido que controlarse el tiempo que Dawn había estado con ellos. Pero en se momento, tenían toda la casa para ellos solos.

—Vamos dentro.

Capítulo 8

NADINE estaba colocando de otra forma los muebles del salón en la casa de Londres cuando sonó el teléfono. —Hola. Soy yo, Rachael... Nos conocimos en la boda. No estarías haciendo algo importante, ¿verdad?

—No —respondió Nadine con educación—. Sólo estaba cambiando algunos muebles.

—¿Arreglando el nido? —dijo Rachael con aires de superioridad—. ¿No es un síntoma de los tres últimos meses?

—¿Lo es? —preguntó Nadine con más brusquedad esa vez.

No sabía qué había en Rachael Hampshire que le disgustaba.

—No estarás levantando nada pesado, ¿verdad? No disgustes a Cam.

—¿Querías hablar con él? —dijo Nadine con frialdad, sin querer conversar con ella—. Si es así, hoy está en la oficina.

—Oh, claro, qué tonta he sido. Había pensado que seguía de vacaciones. Por eso he estado llamando a la casa de campo, pero el teléfono no funciona. ¿Lo sabías?

—Sí, pero ya está arreglado.

Al menos lo estuvo antes de que salieran el día anterior.

—Sólo quería asegurarme de que Cam volvió bien el otro día, porque el tiempo era horrible. Al menos lo era cuando se marchó a esa hora intempestiva. Quizás no era tan malo en Somerset.

Nadine no se dio cuenta de la fuerza con la que estaba sujetando el auricular.

—Sí, sí, regresó bien —murmuró, sin querer que Rachael notara cómo le habían afectado sus palabras.

—Oh, bien, eso era lo que me tenía preocupada. Tómate las cosas con calma, Nadine.

Colgó antes de que Nadine tuviera tiempo de responder.

¿Había estado Cameron con Rachael la otra noche? ¿Pero por qué? ¿Y por qué él no le había dicho nada? ¿Era ésa la razón por la que le había dicho que no le esperara despierta, porque había planeado quedar con la otra mujer? ¿Realmente había dormido en un hotel o sólo había sido una excusa porque había pasado la noche con la preciosa prima de Lisa?

Las sospechas empezaron a torturarla con crueldad. No debía permitirlo. Así que lo mejor sería que le preguntara a él directamente.

Cuando Cameron llegó a casa, ella esperó hasta que terminaron de cenar y fueron al salón. —¿Cómo se gana la vida la prima de Lisa...

Rachael? —preguntó fingiendo naturalidad.

—¿Rachael? —preguntó él sorprendido—. Es una ejecutiva de ventas, ¿por qué?

—Es muy guapa.

—Cierto, y creo que la mitad de los hombres de Londres estarían de acuerdo contigo. —¿Y tú?

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Cameron con recelo—. ¿Te ha llamado?

—Sí.

—¿Para qué?

Nadine se encogió de hombros.

—Para ver si habías llegado bien a casa. —¿Y tú qué le dijiste?

—Que sí, claro. ¿Qué querías que le dijera? ¿Que no sabía que habías estado con ella? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Es que no podía saberlo?

Él la miró con dureza.

—No pensaba que fuera importante para mencionarlo. Tenía negocios con ella...

—¿Toda la noche?

Nadine no había querido acusarlo así, pero las sospechas la corroían.

—¿Es eso lo que ella te dijo?

En realidad no se lo había dicho.

—Bueno, no lo habría hecho, ¿verdad? ¡Oh, es igual! Tú puedes hacer lo que quieras. Yo no he pedido ningún derecho sobre ti. Sólo que prefiero que antes me des una idea de tus aventuras privadas para que no parezca una boba la próxima vez que llame una de tus amantes —terminó, poniéndose de pie.

—¡Ven aquí! —dijo Cameron sujetándola de la muñeca y sentándola en su regazo—. ¿Es eso lo que crees que es Rachael, mi amante? ¡Acabo de perder recientemente a mi mujer, por el amor de Dios, y casi inmediatamente he vuelto a casarme! ¿Crees que soy lo suficiente estúpido como para meterme en otra relación?

—Esa declaración no cambia nada.

—Yo creo que sí —susurró Cameron abrazándola y besándola hasta que ella jadeó—. ¿Por qué iba a desear a Rachael?

Nadine cerró los ojos. Eso mismo se había preguntado. Ella era su esposa, y aunque no la amara, no había duda de que la deseaba. Su respiración se aceleró cuando Cameron empezó a besar su piel y desabrochó su blusa antes de acariciar sus pechos. Y con un extraño murmullo, empezó a moverse contra él, excitada por su pasión, como una esclava abandonándose a la maestría de su dueño.

Durante las semanas siguientes siguió nevando, y enero dio paso a un frío febrero que sólo se caldeó una mañana con las noticias de que el libro que Nadine había terminado de escribir para Cameron en otoño iba a ser publicado.

—Ahora se te va a subir a la cabeza —dijo ella poniendo los ojos en blanco cuando él terminó de leerle la carta mientras desayunaban.

Pero en realidad estaba encantada y orgullosa de su marido.

—¿Vas a sacarme esta noche para que lo celebremos?

Cameron sonrió.

—Supongo que sí. Tú también has trabajado mucho en el libro, y mereces una recompensa. Bueno, ahora tengo que irme —se levantó, se llevó el resto del correo y su sonrisa desapareció al ver uno de los sobres, que se guardó en un bolsillo sin abrir.

—Está dirigida a Lisa —fue todo lo que dijo cuando ella lo miró intrigada.

Nadine imaginó que siempre habría cosas que la recordaran en esa casa donde ella había vivido. Cameron no había comentado nada sobre mudarse.

Más tarde, le llamó a la oficina para quedar con él, pero su secretaria le dijo con educación que no estaba, aunque había dejado un número donde se le podía localizar.

Sin querer llamarle por un asunto personal cuando sin duda estaría con un cliente, Nadine decidió esperar. Volvió a llamar a su bufete, y al no encontrarlo, marcó el número que le habían dado.

La clara voz femenina que contestó fue inconfundible. ¡Rachael Hampshire!

Rápidamente y sin pensar, Nadine colgó, riñéndose al instante por se tan estúpida y dramática. ¿Y qué si estaba con Rachael? Eso no significaba que estuviera teniendo una aventura con ella, ¿verdad? No habría dejado ese número de teléfono en su bufete de ser así. Así que, controlándose, volvió a llamar de nuevo.

—¡Nadine! ¿Acabas de llamar tú?

—Sí, pero se ha cortado. ¿Está ahí mi esposo? Tengo que hablar con él.

—¿Tu esposo? ¡Qué formal! —Rachael soltó una risita, haciendo que Nadine sintiera deseos de estrangularla—. Cam, querido. Es para ti. Tu esposa.

Nadine oyó su voz desde lejos, y aunque no pudo entenderle, notó que no sonaba muy contento.

—¡Hola, Nadine! —su tono fue frío—. En seguida estoy contigo. Ya me marchaba.

—¿Estás seguro de que puedes marcharte? —preguntó Nadine sin

poder evitarlo.

Cameron suspiró.

—Pensé que ya habíamos pasado por esto antes. No pienso discutirlo de nuevo. En seguida estaré en casa.

Nadine tendría que contentarse con eso. Y decidió que él no debía notar su inseguridad cuando llegara a casa.

La velada resultó muy agradable a pesar de todo; una cena íntima con champán en un elegante restaurante. Cameron estuvo encantador y ella le dio un regalo.

—¿Un bolígrafo de oro? —sonrió sorprendido.

—Pensé que podría mejorar tu escritura.

—Gracias —dijo Cameron suavemente poniendo una mano sobre la suya.

Y esa noche, después de compartir los gozos de la pasión, ella se quedó dormida entre sus brazos.

Las primeras señales de la primavera llegaron a mediados de mes, con unos días con temperatura suave, y las flores empezaron a llenar los parques de Londres.

Nadine se sentía enorme y cada vez deseaba más que llegara el día en que naciera su bebé, aunque también sentía cierto miedo.

Un día, visitando a su madre, le expresó sus temores.

—Tener un bebé es algo completamente natural —le dijo Dawn Kendall, cada día mejor y más recuperada —. ¿Estará Cameron contigo cuando llegue el momento?

—No lo sé. No me lo ha dicho.

Y la verdad era que a ella le daba demasiada vergüenza preguntárselo.

—Quizás no quiera, y yo no le culparía —declaró su madre—. No puedo entender esta tendencia moderna de que el padre esté presente en el parto. Él ya hizo su parte hace unos meses, y pienso que es mejor que vea a su esposa y a su bebé completamente limpios.

Nadine se sorprendió un poco, aunque se dio cuenta de que esa opinión encajaba con las ideas anticuadas de su madre.

Pero incluso la más moderna de las esposas habría encontrado fastidioso responder al teléfono cuando estaba con su marido y que colgaran en cuanto ella hablaba.

Estaba segura de que era Rachael, y un día se lo dijo a Cameron cuando sucedió justo antes de que fueran a salir.

—Me gustaría que le dijeras a tu amiguita que dejara de llamarte aquí, si no quiere que yo me entere de que está llamando —le dijo

molesta mientras terminaba de pintarse.

Para su sorpresa, él se rió mientras salía del cuarto de baño.

—De acuerdo. Le diré que si quiere llamarme lo haga a la oficina.

—¡No le veo la gracia!

—Oh, por el amor de Dios, Nadine. Es la prima de Lisa. Te guste o no, en este momento las circunstancias exigen que tenga algún contacto con ella —dijo despreocupado mientras se ajustaba la corbata.

—No me gusta esa mujer —dijo Nadine volviendo al espejo.

—No te estoy pidiendo lo contrario.

—¿Entonces por qué no deja de llamarte? ¿Estás teniendo una aventura con ella?

—¿En serio crees eso? ¿Por qué te preocupa tanto mi relación con Rachael? —la miró burlón—. ¿O es que de pronto te crees enamorada de mí?

¡Oh, no! Nadine levantó la barbilla desafiante. Cameron la miró.

—No, no lo creo, igual que no tú no creerías que yo estuviera enamorado de ti.

Eso era evidente por su mirada fría e indiferente. Y a la mañana siguiente, Nadine volvió a sentir los nervios en tensión cuando abrió la puerta y se encontró a Rachael.

—Cameron no está aquí —dijo sin preámbulo.

—Lo sé. He venido a verte a ti. Pasaba por aquí y...

—En ese caso será mejor que entres, aunque no puedo fingir que no me resulte una visita inesperada.

—¿Por qué? —Rachael la miró inocente mientras pasaba—. Después de todo somos como de la familia.

—¿En serio? —Nadine la llevó a la biblioteca, donde había estado tejiendo un gorrito para el bebé—. Yo tenía la impresión de que los lazos eran por parte de Lisa.

—Sí, bueno... —Rachael se encogió de hombros y se sentó cuando Nadine la invitó a hacerlo—. No esperas que Cameron vuelva pronto, ¿verdad?

—No, Rachael —Nadine se sentó en el sofá—. ¿Por qué no puedes dejarlo en paz? —preguntó sin poder controlarse.

Esos maravillosos ojos la miraron calculadores.

—¿Ha dicho él que lo quiera?

Nadine quiso decirle que sí, pero no era cierto.

Y esa joven inteligente lo sabía. La vacilación de Nadine le dio a Rachael la seguridad para continuar. —No es feliz.

Durante un momento, Nadine se quedó atónita. —¿En serio? ¿Te lo ha dicho él?

Rachael se echó hacia atrás, completamente tranquila y segura.

—No tiene que hacerlo. Cualquiera puede ver que está representando un papel.

Nadine se levantó lo más rápidamente que pudo, sintiéndose torpe e incómoda.

—Será mejor que te marches.

—¿Por qué? —Rachael se cruzó de piernas—. ¿Porque sabes que es verdad? Oh, sé que tuvo una pequeña indiscreción contigo, aunque Lisa lo expresó de un modo más fuerte. Y debo admitir que me sorprendió, sabiendo lo loco que él estaba por ella.

Nadine sintió que se le partía el corazón. Ese último comentario le dolió más que enterarse de que su antigua amiga había sido tan canalla como para convertir la ayuda de Nadine en algo sórdido e inmoral. Pero le alegraba que Rachael no supiera la verdad sobre el origen del bebé, y eso le dio la seguridad para seguir hablando.

—¿Dónde quieres llegar, Rachael?

—Simplemente que estoy fascinada de ver cómo lo has atrapado. ¿Qué hiciste? ¿Amenazarlo con un pleito o él sintió que era su obligación casarse contigo?

—¡Ya es suficiente! No voy a quedarme aquí de pie escuchándote. Sinceramente, Rachael, todo lo que dices apesta a celos.

—¿Celos? —ella se rió—. Difícilmente. Simplemente Cameron me importa, eso es todo. Él fue mío antes que de Lisa. Oh, veo que no lo sabías. Yo les presenté. ¡Fui una tonta! No me di cuenta de que ella quería todo el prestigio de ser su mujer y seguir tonteando con otros. Pobre Cam. Tuvo que enterarse a la vez de eso y… bueno, ya sabes, del accidente. Pero fui yo a quien recurrió en busca de consuelo cuando regresó de Francia. Y aún sigue acudiendo a mí. Imagino que porque siente que yo soy una conexión con lo que ha perdido… y por eso posiblemente te ha hecho vivir en esta casa, si lo piensas bien.

Nadine no quería hacerlo. Demasiadas veces había deseado que pudieran empezar su vida de casados en algún lugar que no le recordara a Lisa, a pesar de que habían cambiado los muebles de casi toda la casa.

—Él habría vuelto conmigo cuando hubiera superado su muerte —continuó Rachael—, si tú no hubieras sido tan descuidada y no te hubieras quedado embarazada. Y, conociendo a Cam, es normal que quiera que su hijo no sea ilegitimo. Pero quiero que sepas que pienso ocuparme de que no sacrifique toda su vida contigo.

Con las manos en las caderas, Nadine tuvo que controlarse para no decir algo totalmente grosero e imperdonable.

—Lo haces sonar como si le hubiera atado para llevarlo al juzgado.

—Sólo porque sé lo mucho que sentía por mi prima, a pesar de su breve aventura contigo. Y porque sé que, cuando Lisa se burló de él diciéndole que podía fugarse contigo, él le dijo que tú habías servido para un propósito, fuera cual fuera. Y dijo que casarse contigo era lo último que quería. Lisa era un poco loca, pero mi prima nunca me habría mentido.

Pues lo había hecho al contarle que Cameron había tenido una aventura con ella.

—Quizás tu prima no dijera mentiras, pero tú pareces tener un talento especial para ello, Rachael —declaró Nadine.

—¿Sí? De acuerdo. Si no me crees, pregúntale a Cameron. Pregúntale. No podría negarlo. Ya conoces su código de honor: la verdad y sólo la verdad. Vamos, te desafío —le invitó levantándose—. Si estás tan segura de él, no tienes nada que perder, ¿verdad?

El problema era que no estaba tan segura de él.

Nadine seguía pensando en todo lo que le había dicho Cameron cuando volvían de casa de un colega suyo aquella noche.

—Estás muy callada —dijo él cuando faltaba poco para que llegaran a casa—. Y lo has estado toda la noche. ¿Te preocupa algo?

—No. Nadine se mordió el labio—. Lo siento. No sabía que te hubiera dejado mal.

—¿He dicho que lo hayas hecho? Me parece que has aguantado de maravilla, con el resto de nosotros hablando del trabajo toda la noche —dijo Cameron, ya que el anfitrión era juez y su mujer magistrado—. Y he admirado tu lealtad. No tenías que decir que estabas de acuerdo con todo lo que yo decía en mi libro.

—¿Por qué no? —preguntó Nadine mientras se acercaban a la casa —. Es la verdad. Y lo mismo pensaría cualquiera con un poco de sentido común y de justicia.

Cameron paró fuera del garaje y paró el motor.

—¿No lo metes dentro?

—Claro, pero antes debo recompensarte por tus elogios.

Su boca la forzó a echarse contra el asiento y sus manos encontraron fácilmente la abertura del vestido y los pechos bajo el encaje.

—No, no...

Cameron ignoró sus protestas mientras se inclinaba para besar un pecho.

—¿Por qué no? —preguntó mientras lo hacía.

Nadine cerró los ojos mientras disfrutaba del exquisito placer de su boca en su carne, sintiéndose hundir más y más. Entonces abrió los

ojos y recordó lo que Rachael había dicho sobre que ella había servido para un propósito. Bueno, en ese momento lo estaba haciendo al permitir que él la utilizara a su antojo. Y lo permitía porque lo amaba, mientras él no sentía nada por ella.

—¡No! —le empujó con dureza y se cerró el vestido con dedos temblorosos—. ¿Por qué siempre tienes que salirte con la tuya? He dicho que no y es en serio. Estoy cansada. Me voy a la cama.

Salió del coche antes de que él pudiera detenerla y cruzó corriendo el pequeño jardín. Imaginó que él metería el coche en el garaje antes de unirse a ella. Pero le sorprendió cuando la siguió.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Cameron abriendo la puerta—. Nunca has protestado cuando yo «me he salido con la mía» como has dicho.

—No veo por qué te pones así. Sólo porque he dicho que no.

Nadine se giró para ir al piso de arriba, pero él la sujetó de un brazo y la obligó a mirarlo.

—Eso no es todo lo que ocurre, ¿verdad?

La determinación en su mirada hizo que Nadine se lo contara.

—De acuerdo, esta mañana me ha visitado tu insistente amiguita, y hemos tenido una conversación de lo más instructiva.

—¿y?

—Parece que ella lo recuerda todo mejor que tú. Yo había «servido para un propósito», como le dijiste a Lisa. Ah, y también casarte conmigo era lo último que querías.

Cameron se puso muy serio. Apretó los labios con dureza y respiró profundamente.

—Rachael no tenía derecho a hablar de ninguna conversación que yo haya podido tener con Lisa sobre ti —dijo furioso.

—¡Entonces es cierto! —exclamó Nadine, sintiendo las rodillas como flanes.

—Quizás pienses que soy un canalla, pero tenía mis razones para decirlo…

—¡Estoy segura! Qué sacrificio ha debido ser para ti renunciar a tus rígidos principios y casarte conmigo cuando sabías que yo ni siquiera quería…

Nadine miró al techo y cerró los ojos con fuerza, apretando los dientes y tratando de soportar el dolor, la humillación.

—¿Y por qué te disgusta tanto cualquier cosa que yo haya dicho si tienes tan poco interés en ser mi esposa, Nadine? ¿Por qué diablos piensas que me casé contigo?

—¡Porque tenías que hacerlo! ¡Porque sabías que sería más fácil para ti conseguir la custodia del bebé una vez casados!

Tras esa amarga acusación, los dos se quedaron mirándose. Nadine estaba muy nerviosa, sin saber si era furia o dolor lo que había tras la fría hostilidad de Cameron.

—¿Realmente me desprecias tanto? —preguntó él al fin.

Ella deseó gritar que lo amaba, que no lo despreciaba. Pero el orgullo exigía que mantuviera la dignidad. Así que no contestó.

—Será mejor que te vayas a la cama —dijo Cameron con frialdad.

El orgullo también exigía que lo hiciera sin decir palabra. Y aunque se fue a la cama, se quedó despierta, sufriendo y deseando que él se acostara con ella. Pero no lo hizo.

Y por la mañana se dio cuenta de que se había quedado dormida llorando, y supo que el poco calor que hubiera existido entre ellos había desaparecido.

AL VER a su madre sembrando semillas en el pequeño huerto, un rayo de luz iluminó las facciones pálidas y tristes de Nadine. Fuera lo que fuera lo que tuviera que soportar, el odio de Cameron, su matrimonio forzado… había merecido la pena al poder ver a su madre llevando de nuevo una vida normal.

Mientras entraba en la cocina, no pudo evitar preguntarse qué le depararía el futuro. Era obvio que Cameron se había dado cuenta de que ellos no podían vivir felices juntos, a pesar de su opinión de que los niños necesitaban un padre, una madre y un hogar estable. Eso estaba muy bien si los padres se amaban, pero no era ése el caso… al menos no por ambos lados.

Era obvio que él debía haberlo aceptado, y por eso no protestó cuando ella le sugirió pasar las dos últimas semanas del embarazo en la casa de campo. Aunque Cameron iba a menudo y pasaba allí alguna que otra noche, su relación seguía siendo tirante, de forma que él parecía más relajado y a gusto con su madre que con ella. Y aunque compartían la cama, él no la tocaba, y simplemente se quedaba dormido en cuanto apagaba la luz, normalmente marchándose al día siguiente antes de que ella se despertara.

—Algo no va bien entre vosotros, ¿verdad? —observó Dawn una mañana después de que él se marchara—. ¿Qué es, hija? ¿Quieres hablar de ello? —le acarició la mejilla—. ¿Te estás arrepintiendo?

Nadine tuvo que esforzarse para no derrumbarse y contarle a su madre lo que le estaba preocupando. Pero al mirarla y ver su rostro con color y su respiración normal, no pudo hacerlo.

—No, no me arrepiento.

¿Cómo podía contarle a su madre que lo que le preocupaba era que su marido no la amaba y que prefería la compañía de otra mujer porque tenía conexión con la única que había amado?

Nadine forzó una sonrisa.

—He de hacer algunas compras, cosas que necesito para el hospital. Voy a Bath.

—¿En tu estado? —protestó Dawn escandalizada.

—No te preocupes. Iré en taxi y volveré en seguida —le prometió Nadine, siguiendo órdenes estrictas de Cameron de no conducir tan cerca del final del embarazo.

Y sabía que su madre se lo diría si ella lo hacía. Tenía que aceptar que Dawn se había convertido en la mayor aliada de Cameron. Rechazó su oferta de acompañarla, ya que no quería que se cansara en

exceso.

Con lo que Nadine no había contado era con sentirse ella tan cansada al terminar las compras.

Y tenía un dolor en los riñones que no le ayudaba mucho.

Hacía un día estupendo, y como casi era la hora de almorzar, se compró algunos sandwiches y se los llevó a tomar a un banco al parque. Mientras miraba las flores y la gente a su alrededor, se sintió muy sola y se dedicó a pensar. Y pensar dolía. ¿Estaría esperando Cameron hasta que el bebé hubiera nacido para decirle que había cometido un error y que su matrimonio no funcionaría?

—¡Nadine! —una voz familiar la sacó de sus pensamientos—. ¡Qué sorpresa!

Simon Braith se sentó a su lado.

—¿Estás ya cansada de esperar? —le preguntó mirando su voluminoso vientre—. ¿Cuánto te queda?

—Dos semanas… y estoy deseando que llegue.

—Estoy seguro de que lo estás… y Cameron también. ¿Cómo está?

—Bien —Nadine se obligó a sonar alegre para que Simon no notara que tenían problemas—. Está muy ocupado. Ha tenido un caso bastante complicado esta semana y hoy tiene que ir a Manchester para ver a un cliente esta noche.

—Está trabajando demasiado, aunque a mí me gustaría tener su energía y su capacidad de recuperación. Después del modo en que le trató Lisa me sorprende que aún se moleste en solucionarle ese problema a su prima.

Nadine frunció el ceño. No podía decirle que no sabía a qué se refería. Pero sabía, aunque Simon no, que Cameron no necesitaba ningún tipo de excusa para ver a Rachael.

—Es muy guapa.

—Sí. Pero creo que Cameron lo tiene complicado, no sólo intentando solucionar el asunto legal con ese tipo que ha estado intentando estafarla, sino también evitando que su novio se tome la ley por su mano y use la violencia física contra ese sinvergüenza.

—Su novio… —murmuró Nadine, intentando que no se notara su sorpresa.

—Creo entender que es enorme y bastante persuasivo.

¡Entonces Cameron no buscaba consuelo en brazos de Rachael! Una risita escapó de los labios de Nadine. Por primera vez en semanas, sus ojos brillaron y sus mejillas se iluminaron.

—Sí, la verdad es que Cameron ha tenido muchos problemas

últimamente... Lisa, el accidente. Un hombre más débil se habría derrumbado ante tanta tensión. Pero me alegra que ya haya dejado atrás el pasado y esté deseando disfrutar con su nueva familia. Es demasiado duro por fuera para admitirlo, pero el año pasado era un hombre completamente perdido...

Simon se calló de repente, como si hubiera hablado demasiado.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo Nadine levantándose.

—¿Vas a casa? —Simon se levantó también. Ella asintió con la cabeza.

—¿Has venido conduciendo?

—No —Nadine se rió—. Cameron y mi madre han conspirado para ocuparse de que no use el coche. He venido en taxi.

—Me parece lo mejor —Simon sonrió—. Lo menos que puedo hacer es acompañarte a buscar uno.

—No hace falta, en serio...

Pero Simon insistió y no la dejó hasta que la vio dentro de un taxi.

Así que Rachael tenía un novio. Y Nadine había acusado a Cameron de tener una aventura con ella y había estado sospechando continuamente.

Pero si sólo tenía que luchar contra el fantasma de Lisa, podía hacerlo, después de saber que Rachael Hampshire no tenía ninguna aventura con Cameron. Y quizás si ella no le hubiera acusado tan rápidamente de tener un lío con Rachael y de haberse casado con ella sólo para conseguir la custodia y se hubiera tragado el orgullo mostrando un poco de afecto, un día él habría podido...

¿Pero no había admitido él que había dicho que casarse con ella era lo último que quería? Bueno, era normal, porque en aquel momento había estado con Lisa.

Nadine sentía cada vez más molestias en los riñones. Estaba deseando que su marido llegara a casa, de tragarse su tonto orgullo y pedirle perdón por todas las horribles acusaciones. Pero él no iba a ir a casa. Se marchaba a Manchester esa noche. Y después de eso, quizás decidiera que prefería estar lejos de ella. Y Nadine podría perderlo para siempre.

Aterrorizada, buscó en su bolso. Tenía poco dinero, pero llevaba su talonario de cheques y las tarjetas de crédito, lo suficiente para un trayecto largo...

—He cambiado de opinión —le dijo al taxista—. ¿Podría llevarme a los juzgados?

—¿En Trim Street?

—No, en Londres.

—¿Bromea? —preguntó el taxista, mirándola por el retrovisor

como si estuviera loca—. ¿Sabe lo mucho que le costará?

Sólo su orgullo, pero a cambio podía salvar su matrimonio.

Después de asegurarle que podría pagar y que no pensaba dar a luz en el coche, el taxista accedió finalmente a llevarla.

Se detuvieron en una gasolinera para que ella pudiera llamar a su madre. Tuvo que calmarla mucho cuando le contó lo que pretendía hacer. Pero esa tarde, finalmente llegaron a los juzgados.

—Gracias.

Rápidamente le dio al hombre un cheque y una generosa propina. Se llevó sus bolsas y subió los escalones de dos en dos.

A los pocos segundos se encontró mirando los listados para ver dónde estaría Cameron, y con miedo de no verlo si esperaba en el vestíbulo, subió los escalones hasta la planta superior.

El pasillo estaba lleno de salas, y al oír la voz de Cameron saliendo de una de ellas, se sentó aliviada en uno de los bancos bajo un ventanal, esperando a que terminara la sesión.

Pero pasado un rato empezó a sentirse inquieta y nerviosa. La espalda le dolía cada vez más, y decidiendo que estaría más cómoda en la sala que fuera, abrió en silencio la puerta y subió hacia uno de los bancos para el público.

—Lo que estoy intentando demostrar es si el defendido tuvo o no la oportunidad...

Incluso trabajando, la voz de Cameron conseguía hacerla estremecer. Pero a la vez sintió un fuerte dolor en los riñones que momentáneamente la dejó sin respiración. Se riñó por haber subido todos los escalones y no haber utilizado el ascensor.

De pronto, Cameron levantó la mirada y la vio. Sus ojos se encontraron. Pero entonces, como si nunca antes la hubiera visto, él se dio media vuelta, y siguió hablando con dureza y frialdad, llevando a cabo su despiadado interrogatorio.

¿No quedaba nada entre ellos? ¿Nada en absoluto? Ella no había esperado que se mostrara efusivo al verla, pero al menos que hubiera expresado otra cosa que no fuera ese duro desprecio. Entonces, algo llamó la atención de Nadine, un movimiento que la hizo mirar hacia el fondo de la sala. Y se quedó paralizada.

Rachael estaba ahí sentada, con un brazo apoyado en una bolsa de viaje en el asiento a su lado. La miró y Nadine vio una expresión triunfante en su mirada.

Nadine se puso histérica. Simon se había equivocado. Fuera cual fuera el dolor de Cameron, seguía necesitando a Rachael, quien obviamente iba a hacer un viaje... Y Cameron también.

El dolor la desgarró, tan intenso, que le pareció que se había

extendido por todo su cuerpo. Pero era completamente físico y mientras se llevaba las manos al abdomen, oyó su propio grito de agonía.

—¡El bebé...!

Entre los espasmos de dolor, oyó al hombre a su lado preguntarle si podía ayudar y al juez preguntar por el micrófono que quién era ella. Pero el dolor era tan intenso, que no notó nada más aparte de la toga negra cuando Cameron se acercó a ella y subió corriendo los escalones.

—Lo siento —sollozó contra su brazo, apoyándose en él—. Lo siento, Cameron. No era mi intención...

—No pasa nada.

Pero no era cierto. Toda la sala estaba revolucionada. La gente se había girado para ver qué pasaba y el juez enfurecido pedía silencio continuamente, mientras Cameron estaba diciéndole quién era y le pedía un aplazamiento.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó—. ¿Es el bebé? —le preguntó a Nadine.

Ella asintió con la cabeza, sin poder creer lo que le estaba pasando. ¿No había leído que las primerizas normalmente tardaban mucho en dar a luz y que había un montón de indicios que lo avisaban?

Cameron la llevó a una habitación vacía mientras esperaban a que llegara la ambulancia.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha ocurrido algo a tu madre?

Ella negó con la cabeza. No podía contárselo en ese momento. Sus sospechas de que planeaba marcharse con Rachael se habían visto confirmadas cuando la joven se había acercado a ellos mostrando poco interés por Nadine mientras él la había sacado de la sala. Y Nadine no había podido evitar oír a su marido.

—Me temo que ahora estás sola, Rachael. Llámame cuando vuelvas.

Pero no podía pensar en eso en ese momento, porque todo estaba sucediendo muy deprisa. En poco tiempo se encontró en el hospital, con más dolores de los que nunca había sentido. Pero el dolor también era emocional, porque aunque Cameron estuvo con ella en la ambulancia, por alguna razón no se encontraba con ella en ese instante. ¡Y lo necesitaba!

Cerró los ojos y apretó los dientes contra el dolor, clavando las uñas en la mano de alguien. Pero sorprendentemente, la mano no se movió. Levantó la mirada y vio que era de Cameron, y que él había estado a su lado todo el tiempo. Y justo cuando Nadine creyó que no podía soportarlo más, todo pasó... El dolor y la agonía se olvidaron

ante la enorme dicha de oír llorar a su bebé.

Nadine estaba descansando en la cama cuando Cameron regresó de llamar a su madre. Él aún llevaba el traje negro que tuvo en el juicio, pero se había aflojado la corbata y desabrochado el cuello de la camisa. Tenía ojeras, y a pesar de todo, el corazón de Nadine rebosaba de amor por él. Cameron se sentó en la cama a su lado.

—Gracias por estar conmigo —murmuró Nadine.

—¡Es mi hija, por el amor de Dios!

—Es una niña —Nadine se encogió de hombros—. ¿Significa eso que vas a devolverla? —preguntó con amargura.

Cameron miró de reojo la cunita. —¿Ha venido con un recibo?

—No tuve tiempo de pedirlo.

—En ese caso nos la tendremos que quedar, ¿no? —preguntó mirándola con intensidad.

Nadine recordó el modo en que la había ayudado en el parto y le había dado ánimos. Miró el reloj de la pared.

—¿No tenías que estar en Manchester? —No.

Pero así sería si la llegada del bebé no lo hubiera detenido. Estaría en Manchester... con Rachael.

—¿No es normal que quiera pasar algo de tiempo con mi hija? —dijo Cameron suavemente y sonriendo—. No podemos llamarla Paciencia, ¿verdad?

—LE pondré Justine —declaró Nadine con decisión.

—¿Porque se parece a justicia? —preguntó él irónico—. ¿Porque es lo único que realmente querías de este matrimonio? ¿O porque hizo sentir su presencia en la sala del tribunal y estás esperando que siga los pasos de su padre? —terminó bromeando. —No. Porque quiero que represente todo lo que es justo y honesto —Nadine bajó la mirada.

—Lo dices con cierta amargura —Cameron le levantó suavemente la barbilla—. Yo nunca te he mentido, Nadine. Quizás haya ocultado cosas, pero haberte dicho la verdad... —se levantó y se apartó de la cama, metiéndose las manos en los bolsillos—. Bueno, claro que le dije a Lisa que casarme contigo era lo último que quería... ¡Pero yo ya estaba casado! Y quería que mi matrimonio funcionara. Pero después de aquel fin de semana que pasé contigo, sólo el cielo sabe cómo pude controlarme para no llamarte. Deseaba hacerlo. De hecho, una vez llegué a marcar, pero colgué antes de que respondieras. Pensé que iba a volverme loco, a punto de echar a perder todo lo que estaba intentando salvar por una...

Se calló y respiró profundamente.

—¿Atracción sexual? —preguntó Nadine. Él la miró a los ojos y ella vio su dolor.

—Sí.

¿Qué había esperado que dijera? Era la verdad.

Pero aun así le dolió.

—Bueno —aceptó Nadine resignada—, tú creías que tenías un matrimonio feliz… y amabas a tu esposa.

Cameron se puso muy rígido, y sus facciones tensas.

—Nunca amé a Lisa. Ahora lo sé. Y para ser sincero, creo que lo había sabido también desde antes.

—Pero tú… —Nadine lo miró incrédula, sin estar segura de haberle oído correctamente—. Pero te casaste con ella.

—Creía que teníamos mucho en común. Ella era alegre, inteligente, aguda… Pero incluso así, no me habría casado si no me hubiera hecho creer que estaba embarazada. Pero Lisa sabía lo que sentía yo por los niños y que estaría a su lado. Y yo pensé que podría construir el hogar seguro del que siempre carecí. Oh, ella luego lloró mucho y se inventó todo tipo de excusas para justificar su mentira. Y aun así, yo intenté que el matrimonio funcionara. Pero cuando se confirmó que ella no podría tener hijos, empezó a descontrolarse. Nuestro matrimonio ya iba muy mal cuando tú accediste a… —no necesitó terminar la frase—. Sabía que le atraían otros hombres, pero sinceramente creía que tenía instintos maternales en alguna parte y que un hijo estabilizaría nuestra relación…

—Lo siento —susurró Nadine.

Pero no pudo evitar recordar a Rachael sentada en la sala, esperándolo, lo que significaba que si él no había amado a Lisa como había admitido, entonces Rachael debió tener razón cuando dijo que, si no la hubiera dejado la embarazada, habría estado con ella.

—Cameron… tenemos que hablar… del futuro —dijo angustiada, mirándolo con ojos atormentados.

—Sí —él suspiró—. Pero no ahora. Ahora no estás en condiciones de pensar en eso. Esperaremos hasta que hayas vuelto a casa.

Capítulo 10

TRAS HABER terminado la eterna tarea de dar de comer a Justine y dormirla de nuevo, Nadine se puso a persuadir a Martes, acurrucada en sus pies, para que se moviera y ella pudiera llevar arriba a su hijita. Entonces, Cameron apareció inesperadamente.

—Esa gatita debería ponerse a molestar a otra persona.

Pero estaba sonriendo y a Nadine le dio un vuelco el corazón. A esa hora de la mañana, debería estar trabajando.

—Aquí no hay tantos conejos con los que entretenerse como en la casa de campo —dijo ella levantándose.

—De todos modos tendrás que enseñarles a la niña y a Martes que parte de tu tiempo pertenece al dueño de la casa —bromeó Cameron.

Ella soltó una risita incómoda. Él no había buscado mucho su compañía desde que nació Justine. Pero Rachael tampoco había vuelto a llamar. Dawn estaba con ellos desde que nació el bebé, y en las pocas ocasiones en las que el matrimonio había estado a solas, Nadine se había mantenido ocupada deliberadamente para alejarse de él, como si así pudiera evitar que hablaran de lo que al final sería inevitable.

—¿Qué haces en casa? Nunca estás aquí a esta hora.

—No. Pero he decidido que ya es hora de que te entretengas un poco. Ve a prepararte. Te invito a comer.

—Pero Justine… —Nadine bajó la mirada a la niñita dormida en sus brazos mientras Cameron se acercaba—. ¿Y si se despierta?

—Creo que tu madre sabrá qué hacer. Además, necesitamos hablar, Nadine —dijo más serio—. Es importante.

Claro. Ella había sabido que ese momento llegaría. El momento que había temido desde que abandonó el hospital.

El sol daba calor a través de los cristales del coche cuando Cameron la llevó a las afueras a comer y se detuvo frente a un pequeño hotel en el campo.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Nadine con un nudo en el estómago, al reconocer el hotelito donde habían pasado juntos aquel primer fin de semana.

Él se encogió de hombros.

—Es un lugar para comer tan bueno como cualquiera —dijo parando el motor—. ¿Te importa?

Nadine negó con la cabeza. ¿Cómo podía decirle que le desgarraba el corazón estar ahí?

—No —murmuró, queriendo sonar tan despreocupada como él—.

¿Por qué iba a importarme?

Él no dijo nada. Salieron y se dirigieron hacia la entrada. Pero una vez dentro, Nadine vio que había notado su tensión.

—El único modo de librarnos de los fantasmas es ponerlos por fin a descansar.

Y con esas palabras, la hizo entrar al comedor.

Un camarero les llevó a su mesa, que estaba junto a una ventana con unas preciosas vistas al jardín... la misma mesa donde se habían sentado unos meses antes. Estaba puesta para dos, con un florero de claveles en el centro.

Nadine miró a Cameron.

—Has organizado esto a propósito, ¿verdad?

—Lo del hotel, sí. Lo de la mesa ha sido casualidad. Si quieres nos podemos marchar, aunque no veo la razón. Como no había entre nosotros ningún tipo de sentimiento aparte de una fuerte obsesión física, no veo que haya de molestarte.

¿Así había visto él la vez que hicieron por primera vez el amor? ¿Como una fuerte obsesión física?

Deseó abofetearlo por ser tan insensible, y gritar que para ella había significado mucho más. Pero se mostraría igual de fría que él.

—Como has dicho, eso no es razón para marcharnos... ¿Me has traído aquí para hablar de algo en particular? Dijiste que era importante.

—Comamos primero.

Pero Nadine no podía comer. Incluso cuando el camarero retiró su sopa a medio terminar y le llevó la ensalada que había pedido, sólo pudo picotear un poco, con una falta de interés que preocupó a Cameron.

—¿No tienes hambre? —No mucho.

—Come —le dijo con firmeza—. Sé que quieres adelgazar, pero ése no es modo de hacerlo.

¿Qué más le daba a él? —Cameron... —Lo sé.

Nadine lo miró confundida. ¿Cómo sabía lo que le iba a decir?

—Es ridículo seguir como hasta ahora.

—Sí —admitió ella con el corazón destrozado. —He de admitir que me equivoqué. Un padre es preferible a dos que vivan juntos como extraños bajo el mismo techo.

Nadine sintió un nudo en la garganta. —¿Qué estás diciendo?

—Sabes que no tenías que haberte casado conmigo.

—¿No? —Nadine se rió con amargura—. Dijiste que si no lo hacía, ibas a quitarme a Justine. Dijiste que no podrías evitar que saliera a

relucir toda la verdad sobre las razones de su concepción.

—Pero tú la habrías entregado, si Lisa y yo hubiéramos...

Nadine pensó en su hija.

—Sí, pero eso me habría matado.

—¿Entonces quieres ahora tu libertad y la seguridad de que podrás quedártela?

Eso fue como una bofetada. ¿No estaría él hablando de su libertad? ¿La libertaba para estar con Rachael?

—Tienes que prometérmelo —dijo Nadine temblorosa por la horrible realidad de lo que le estaba sucediendo a su matrimonio.

Ella había hecho todo lo posible para evitar esa unión, pero en ese momento en el que todo se estaba acabando...

—Será mejor que nos marchemos.

Había una extraña rigidez en la voz de Cameron y cierta oscuridad en sus facciones. Pero era normal que estuviera arrepintiéndose por haber cometido otro error en su segundo matrimonio.

Cuando llegaron al coche, Nadine estaba algo más controlada. Necesitaría toda la fuerza que pudiera lograr después de que él hubiera arreglado las cosas para ella y Justine.

Se marcharon. Ella seguía sumida en sus pensamientos cuando Cameron se detuvo a un lado de la carretera.

—Vamos. Un paseo te sentará bien —dijo Cameron cortante.

El sol se filtraba entre los árboles del camino mientras él la llevaba a lo largo de los altos setos que ocultaban una casa privada con un jardín perfectamente cuidado.

Cuando Cameron se detuvo de pronto, Nadine miró entre las verjas. Las espectaculares magnolias blancas contrastaban con el ladrillo rojo de una casa más pequeña y antigua que las que la rodeaban.

—Necesitarás un lugar donde vivir —dijo Cameron con frialdad—. Y esto... —sorprendentemente, abrió la verja y la hizo pasar— es lo mejor que puedo daros a ti y a Justine. Pensé que no querrías vivir muy lejos de tu madre, y por otro lado me gustaría que nuestra hija no creciera en la ciudad.

Al entrar en el tranquilo jardín, Nadine miró alrededor, sorprendida y dolida. Habían hablado anteriormente de eso cuando ella le contó que la casa de sus sueños debía estar escondida en el campo con fácil acceso a Londres. Ese lugar podría cumplir fácilmente su sueño... excepto que no sentía alegría al imaginarse viviendo ahí.

—Es grande —fue todo lo que pudo decir.

—Bueno, sí. No pretendo renunciar completamente a mis derechos

de estancia. —¿Quieres decir…? Pero no puedes…

—¿No puedo? Un hombre necesita tener el derecho de visitar a su hija… y es mejor que ella me vea en su casa que ser alejada de sus amigos y alrededores conocidos cada fin de semana, como muchos hijos de padres separados.

¡Él no podía estar diciendo eso! Nadine se enfureció. ¿Cómo podía considerar semejante vida… dejándola y luego volviendo, sin considerar sus propios sentimientos, siempre que le apeteciera?

—¿Y qué harás? ¿Traer también a Rachael? —preguntó con severidad—. ¡Serían unos fines de semana muy divertidos! ¿Y cómo se lo explicarías a Justine?

—No haría falta. No traería a Rachael. Esa obsesión física de la que hablé sigue viva, Nadine. Y aunque no tengamos otra cosa, nunca habrá una tercera persona que interfiera en eso.

—¿Te refieres a…? —pasmada y herida de que él pensara en usarla de ese modo y al ver la intención en su mirada, empezó a retroceder asustada—. ¡No!

—Sí —dijo él con firmeza, sujetándola cuando chocó contra la verja y besándola.

Cada instinto en ella se rebeló, pero el beso fue insistente, dejándola respirar sólo cuando él devoró hambriento su cuello, su rostro, su pelo. Sus manos recorrieron su cuerpo y la apretaron contra él, despertando el deseo en ella y dejándola jadeante, convirtiéndola en su esclava en contra de su deseo.

—Rachael… Lisa… No importa a quién creas que amo… Tú te sigues derritiendo entre mis brazos. Nuestra química sexual es tan fuerte, que te rindes ante mí haga lo que haga yo —le echó la cabeza hacia atrás tirando del pelo—. ¿Verdad, Nadine?

—Sí…

Con los ojos cerrados, cegada por la necesidad, ella se odió por su debilidad, pero no podía negar lo que su cuerpo estaba delatando.

—¿Entonces, por qué? —Cameron la sacudió, obligándola a mirarlo—. ¿Por qué te duele pensar que esté con Rachael cuando sabes que no puedo negarte lo que tú quieres de mí, igual que tú no puedes resistirte? Esa parte de mí, es tuya, siempre lo ha sido…

—Cameron, no…

Nadine no podía seguir escuchándole. Con violencia, intentó soltarse, y se sorprendió de la facilidad con la que él la dejó.

—¿Por qué no? ¿Porque eres demasiado orgullosa para admitir que me amas?

Con los ojos llenos de lágrimas, ella lo miró aturdida.

—¿Porque piensas que si lo haces serás demasiado vulnerable y te

da miedo que me marche con una mujer llevándome a Justine? ¿No era eso lo que tu padre decía continuamente que haría contigo?

Nadine soltó un gemido de dolor. Su padre la había utilizado para hacer chantaje a su esposa y que ella tolerara sus aventuras, sin saber nunca el efecto que eso provocó en su hija ni las pesadillas que tuvo que soportar. Nadine se preguntó si su madre le habría contado eso a Cameron o él simplemente lo había adivinado.

—Pero tú dijiste que lo harías —le recordó Nadine casi sin voz.

—¿Y me creíste? ¿Piensas realmente que habría sido tan cruel? ¡Por Dios! —casi furioso, la puso delante de él—. ¿No ves que te amo, Nadine? Estaba tan desesperado por hacerte mía, que te habría amenazado con cualquier cosa. Ése es el efecto que siempre has tenido en mí… desde el principio.

—Pero… —balbuceó Nadine, sin poder creer lo que le estaba diciendo.

—Oh, sí. Incluso de adolescente ya me atraías, pero hice todo lo posible por ignorarlo, y por eso era tan terco contigo en la oficina, porque no podía entenderlo. Tú eras tan tímida y reservada… y me parecías demasiado joven. Pero después de que te marcharas y nos viéramos a veces por medio de Lisa, yo… —se calló unos instantes—. Supongo que era inevitable, pero desde el primer momento en que te tuve entre mis brazos en ese hotel, tú fuiste la única mujer para mí. Intenté negármelo. Incluso cuando Lisa empezó a agobiarme después para que admitiera mi amor por ti. Tuve que hacerme el hipócrita y fingir que no sentía nada. Y después, cuando creía que eras una calculadora en busca de dinero, seguía deseándote. Cada vez que te tocaba, me odiaba. Pero cuando Lisa murió y descubrí la verdad… Supe que tenías que ser mía. No podía comer ni dormir. Incluso creo que Simon empezó a pensar que me estaba volviendo loco.

¿No fue eso lo que Simon le dijo? ¿Que Cameron había estado perdido?

—Pensé que si podía conseguir que te casaras conmigo… —hizo una mueca—. Sé que mis métodos fueron poco escrupulosos, pero esperaba que de algún modo al final sintieras lo mismo por mí.

¿Él había esperado que ella sintiera lo mismo? Nadine sintió una inmensa alegría, pero a la vez se sentía confundida y desconcertada.

—¿Pero cómo puedes decir que me amas? —preguntó mirándolo —. ¿Y qué hay de tu relación con Rachael? Ibas a marcharte con ella. Y no puedes negarlo. Incluso te oí en el juzgado decirle que tendría que irse sola…

Para su sorpresa, él pareció… ¿sorprendido? ¡Como si no supiera de qué estaba hablando ella! Entonces, de pronto, se rió.

—Creo que dije que estaba sola. Pero desde luego no para hacer una especie de viaje clandestino que en un principio se organizó para dos. Rachael había invertido en una propiedad con Lisa en Mallorca, y el dueño del complejo estaba intentando cerrar un trato bastante turbio. Yo arreglé los aspectos legales con ella y Rachael iba a ir en avión allí ese día para finalizar el papeleo. Había quedado en ir a que yo le diera un documento antes de entrar en la sala, y sólo se quedó en el juicio porque su vuelo no salía hasta un par de horas después. Pero Rachael tiene un novio fuerte —terminó, confirmando lo que le había contado Simon en el parque.

Nadine, que empezaba a comprender, le acarició el hombro.

—Pero eso no evitaba que ella también te deseara a ti —murmuró.

—No. Me temo que Rachael es parecida en eso a Lisa. Pero tú no tienes competidoras. Yo nunca he sentido nada por ella.

—Pero me dijo que fuiste suya antes de conocer a Lisa... que ella te la presentó.

—Sí, eso es verdad —Cameron le acarició la mano—. Pero sólo salí con Rachael un par de veces... y nunca en serio.

Y la ternura de su voz y su sonrisa terminaron con sus miedos y preocupaciones. Nadine vio con claridad cómo Rachael había intentado hacer que ella pensara lo peor... incluso llegando a implicar que Cameron no fue a casa el día de la nevada porque había pasado la noche con ella. Cameron debió mencionarle que pasó la noche en el hotel, y ella usó ese conocimiento en su provecho. Y Nadine, claramente influenciada por el desastroso matrimonio de sus padres, casi había conseguido destrozar el suyo innecesariamente.

—¿Por qué fuiste a verla a ella en lugar de a mí cuando volviste de Francia? —susurró.

—Era el familiar más cercano de Lisa, aparte de su madre, y consideré mi obligación ir yo mismo a darle las noticias. Pero lo único que quería era volver contigo. Ya sabía por qué habías cambiado de opinión y querías quedarte con el bebé, pero no lo generosa y considerada que eras... el sacrificio que estabas haciendo por tu madre y lo que estabas sufriendo por ella. Cuando Martes rompió el jarrón y encontré la factura... —abrazo a Nadine—. Mi querida Nadine. Siempre te he amado.

—Pues nunca lo demostraste. ¿Por qué no me lo dijiste?

Cameron la apartó un poco y la miró a los ojos.

—Imagino que por la misma razón que tampoco me lo dijiste tú... y aún no me lo has dicho. El orgullo. El miedo al rechazo. Por eso te he llevado hoy al hotel, para ver tu reacción. No tenía nada que perder, ya que sentía que de todos modos te estaba perdiendo, pero tú

respondiste con tanto orgullo al principio que creí haberme confundido y que en realidad no sentías nada por mí…

—¡Oh, no, amor mío! ¡No te habías confundido! —exclamó desesperada, apoyando la cabeza contra su hombro y abrazándolo—. Por eso fui a verte a la sala aquel día… para decirte que me había equivocado, para intentar solucionar las cosas antes de que tú te marcharas. Tenía miedo de que no fueras a volver… Y cuando vi a Rachael allí sentada, y tú me miraste como si no me conocieras…

Cameron soltó una risita y le acarició el pelo.

—Si hay algo que aún no sabes sobre los abogados, es que tenemos que actuar como el mejor de los actores. En mi caso, aquel día tenía que entregarlo todo. Tenía que evitar distraerme, porque cuando te vi allí .sentada, casi me olvidé de lo que estaba haciendo.

—Lo siento —susurró Nadine sonriendo con timidez.

—No lo sientas. Todo lo que importa ahora es que miremos hacia delante, al futuro —suavemente, le dio un beso en la mejilla—. Y hablando de eso —le dio la mano y la llevó hacia la casa—. No quería que tuvieras que enfrentarte al trastorno de una mudanza hasta que Justine hubiera nacido, ¿pero crees que podrías vivir aquí felizmente conmigo?

—¡En cualquier parte! —exclamó Nadine con ojos brillantes de amor, mirando entusiasmada la casa—. ¿Realmente va a ser nuestra?

Él se rió.

—Primero la alquilé, sin saber si ibas a casarte conmigo.

Y lo había mantenido en secreto todo ese tiempo.

Nadine se rió, maravillada.

—¡Pero me casé! Bueno, ¿cuándo podrás tomar posesión?

Cameron tiró de ella, sonriendo mientras la llevaba hacia la casa.

—Pensé que ya lo había hecho —murmuró sugerente.

Ella se estremeció de placer. Sí. Él había tomado posesión hacía mucho tiempo… no sólo de su cuerpo, sino también de su corazón y su alma, de todo su ser. Pero al fin habían encontrado el equilibrio.

Le sonrió mientras él metía la llave en la cerradura. Como amigos y compañeros, marido y mujer, padres y tutores… Como amantes en mutua posesión… para toda la vida.